

pocos momentos antes. ¿Qué nueva desgracia era aquella? ¿Qué tenia que ver la policía con aquella mujer inocente, con aquella amante madre, con aquel niño infeliz, con aquella mujer débil é inofensiva, con aquella jóven, que al mismo tiempo mostraba en su rostro la lozanía y el vigor de la juventud, y el decaimiento que imprime la amargura en aquellas personas que sufren mucho?

Cuando el frio llega á cierto grado se convierte en hielo; cuando el dolor llega á cierto punto se convierte en indiferencia.

Tan grande fué la impresion que en el alma de Emilia produjo aquel suceso inesperado, que ni aun sufrió; quedó más bien como petrificada que como herida; de tal modo hirió el rayo. Apoderóse de ella cierta insensibilidad, y sin embargo, andaba, continuaba su marcha...

Unos momentos despues entraba la jóven en una habitacion de severo aspecto, donde sentado detrás de una ancha mesa de pino se veia un hombre de unos cuarenta y tantos años, de mirada viva y penetrante; pero mostraba en sus ojos ese color indefinido entre verdoso y repugnante que muestran los del tigre ó los del gato. Aquel hombre tenia cierto aire de quien teme ser sorprendido á todas horas; un perpétuo gesto receloso se revelaba en su semblante. Parecía ocultarse entre la sombra que formaban las entornadas contraventanas del balcon que á la habitacion daba luz, y que estaba cercano á uno de los lados de la mesa.

¿A qué iba allí Emilia? ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué la esperaba?

El que introdujo á la forastera en la estancia dijo al presentarla á aquel nuevo personaje:

—Aquí tiene Vd. á la jóven á quien esperábamos y de quien me habló hace dos dias.

Dicho esto salió, no sin haber manifestado antes algunas muestras de respeto hácia aquel hombre á quien sus palabras iban dirigidas.

Quedaron solos, el desconocido mirando fijamente á Emilia, y Emilia sin saber lo que le pasaba y estrechando entre sus brazos cada vez más á su hijo, como si trataran de arrebatárselo.

CAPITULO II.

Las muchachas por este estilo son peligrosas.

Al extremo de Deusto, barrio de la poblacion de Bilbao, á la derecha de la ria se levanta una casita blanca rodeada de un jardinito pequeño, pero perfectamente cultivado.

Las flores más hermosas se abren allí meciéndose sobre sus tallos; pequeños y graciosos árboles tienden tambien sus ramas á las dulces brisas del Nervion.

La casita tenia un aspecto alegre; sus cuatro fachadas, enteramente blancas como la nieve, veíanse cortadas á trechos por tres huecos de ventana en cada una de ellas; todas las ventanas estaban resguardadas por persianas de un color verde claro, y cuando las persianas se abrian podíanse contemplar varios tiestos llenos de flores y yerbas de olor, que convertian en un jardin cada uno de aquellos huecos que daban claridad al edificio.

De las tres ventanas que caian al lado de la ria, la una, la del Norte, no se abria jamás; la segunda solo algunas veces, y la de la esquina opuesta nada más por la mañana, desde que brillaba el alba hasta que comenzaba el sol á tomar fuerza.

La casa tenia dos pisos: en el de arriba era en el que sus inquilinos habitaban.

Como estos no eran más que padre é hija, les sobraba habitacion, y apenas hacian uso del piso bajo, que estaba casi por completo abandonado.

Durante algun tiempo aquellos dos moradores vivieron solos, sin ninguna persona á su servicio.

Poco tiempo antes de la accion de nuestra historia habia ido á servirles un ama de llaves ya bastante anciana.

Como hemos dicho, los moradores del edificio eran dos, una jóven y su padre.

Ella tenia quince años; encontrábase, pues, en ese encantador crepúsculo que media entre la adolescencia y la juventud.

Ni era una niña ya, ni era una mujer todavía.

Tenia sus sueños, sus esperanzas, sus ilusiones, como tienen cuantos se hallan en esa encantadora edad; pero sus sueños, sus esperanzas, sus ilusiones, se mezclaban con cierta vaguedad; no acababa de perfilarlos bien.

Su padre la habia amado siempre entrañablemente; aquella hija habia sido su ídolo.

Pero ¡cosa extraña! en lugar de haber ido aumentando su alegría á medida que la niña crecia y se hermozeaba más, la frente del padre iba nublándose.

Parecia mirar con temor que aquella mariposa abriera sus alas.

¿Qué temia?

¿Temia quizás que se echara á volar por los espacios?

Todo lo sabremos.

La jóven que nos ocupa se llamaba Estrella.

Tenia los ojos negros, inquietos y penetrantes; el cabello negro como el ébano, una boca pequeñita de labios encendidos, el rostro pálido y más pálida la frente, la conversacion agresiva y punzante; las manos pequeñitas, el cuello torneado y finísimo, el pecho turgente; vestia, aunque con sencillez, con gracia; gracia que en ocasiones rayaba en coquetería.

Se burlaba de los muchachos, y algun tiempo antes armaba cuestiones y se pegaba con ellos.

No iba á la iglesia más que los dias de fiesta.

Era aficionada á diversiones; gustaba de bailes y fiestas.

No era melindrosa para vestir; pero no le disgustaba llevar alguna cintita encarnada ó azul en el cuello, algun lacto en el pecho ó alguna flor en la cabeza.

Era la coqueta de la sencillez y no la del lujo.

No se le conocia ningun amor, ni relacion íntima siquiera, con jóvenes de su edad; verdad es que esto no chocaba porque aun era muy niña.

Mas, niña y todo, algunas miradas se llevaba tras de sí al pasear por el campo Volantin ó por el Arenal.

Ella lo sabia y lo callaba; jamás dijo una palabra de ello á su padre ni á sus más íntimas amigas.

Miraba con malicia, y correspondia, sin embargo, á todas las miradas que se le dirigian; no se ruborizaba nunca, y cuando algunas pupilas tenaces se fijaban en las suyas con intencion de dominarlas, Estrella terminaba la escena con una risotada.

No tenia prisa por llegar á ser mujer, ni por vestirse de largo.

Sin ser tan hermosa como otras, cautivaba más que ninguna.

Era una gracia arrolladora, segun la expresion de algunos jóvenes de entonces.

Aparentaba complacerse en herir, por decirlo así, á todas las amigas con quienes trataba, para curar despues la herida con un beso.

Se divertia en grande con todos cuantos al pasar murmuraban palabras cautelosas á su oido; gozaba en mortificarlos, y conseguido su objeto, se reia.

Era, pues, peligroso el acercarse á ella en semejante sentido.

Cierta vez oyó murmurar á su lado estas palabras:

—Estrella, ¡cómo me está Vd. matando!

—¿Con qué le estoy matando á Vd.? ¡Ah! ¡Ya lo sabia! Le prometo ir á su entierro...

Y Estrella se alejó riéndose y volviendo la cabeza hácia atrás.

Tenia sin embargo una pasion; no la creamos insensible.

Amaba los pájaros y las flores.

Es lo cierto que tenia algo de pájaro y algo de flor...

De pájaro, el gorgojo y la viveza.

De flor, el perfume y la hermosura.

Por las mañanitas regaba todos los tiestos de las ventanas, que, como ya sabemos, estaban convertidas en otros tantos jardines.

Arreglaba las jaulas de los pájaros, les ponía comida, charlaba con ellos un rato entendiéndose perfectamente y bajaba al jardin, donde se ponía á regar sus albahacas, sus claveles, sus hortensias, sus rosas sencillas y sus rosas dobles de cien hojas.

Desde hacía algún tiempo, precisamente desde que la anciana ama de llaves había entrado en la casa, empezó á notarse que Estrella salía menos y no se reía tanto.

Su padre solía decirle aparentando satisfacción:

—¡Vamos, parece que te vas haciendo más formal! ¡Ya es hora! ¡Así me gusta!

Pero á través de estas palabras quedaba un fondo de amargura que él creía que no era conocido por nadie.

Estrella observaba cuanto en el alma de su padre estaba pasando.

Algunas veces á solas se ponía la jóven á pensar en ello.

Pero por más que luchaba queriendo dar con el verdadero motivo, no acababa de explicárselo.

Esto fué causa para Estrella de algunas cavilaciones, pero al fin y al cabo el génio domina; el de la jóven era despreocupado, y la nubecilla de verano pasaba pronto sin dejar huella en su alma.

A fuerza de meditar una y otra vez, Estrella reparó en una cosa, en que á su padre no le agradaba que saliese á menudo de casa.

Notó que iba faltándole la libertad que siempre tuvo, y llegó á comprender el fin con que la anciana había sido llevada junto á ella.

—¡Vamos! Esto es que, como ya voy siendo mujer, me cortan las alas.

Dijo esto Estrella y se encogió de hombros sin apurarse.

CAPITULO III.

No es el único que piensa así.

Si nos hubiéramos fijado bien en aquel hombre ante el cual Emilia fué conducida en cuanto llegó á Bilbao, en seguida hubiéramos echado de ver que aquel hombre no era otro que el morador de la casita aislada de Deusto, no era otro que el padre de Estrella.

¿Quién era pues aquel hombre?

Sepámoslo.

Se llama Roberto.

Tenia cuarenta y cinco años; es decir, treinta más que su hija.

Era un hombre inexorable, cruel; siempre había respirado ódio hácia la sociedad, ódio profundo.

No tenía para ello ninguna causa determinada; semejante instinto había nacido con él; no había más razón que esa.

Necesitaba un arma terrible para combatir con el mundo, que aborrecía. ¿Qué arma podría ser esta?

Ninguna mejor que la ley.

Verdaderamente que no puede haber arma más poderosa. Era hombre sin afecciones; no tenía amigos ni compañe-

ros; no reconocía ninguno de esos compromisos que se llaman compromisos sociales.

Había odiado á sus padres, á quienes abandonó desde niño.

Había aborrecido á su esposa, que murió á causa de los disgustos interminables que le daba.

A menudo solía encontrársele solo y pensativo.

Entonces tenía un aspecto terrible.

Parecía meditar los medios para llevar á cabo alguna venganza; siempre mostraba en sus ojos á la manera de una turbia nube.

Solía mirar de soslayo con frecuencia.

Tenía una estatura regular, pero era de naturaleza fuerte, de anchas espaldas, de largos y flexibles brazos, de andar seguro, de aire cauteloso; cuando su vista se fijaba en alguno, cualquiera que este fuese, no dejaba de mirarle tan pronto; había caído, por decirlo así, bajo su jurisdicción.

Era sumamente rencoroso; si un chiquillo le había roto un cristal, ó le había tirado una avellana, ó le había gritado desde el lado opuesto de la ría, ó se había burlado de él, al volver á encontrar al delinciente en cualquier sitio, por mucho tiempo que hubiera pasado, mostraba en su rostro la gran indignación que sentía.

Era de esos hombres en quienes los rencores aumentan, á medida que una venganza que les halagaría se retarda.

No olvidaba jamás un daño recibido.

Pasaba largos ratos reflexionando de qué manera podría dañar más á la persona que había caído bajo su poder.

Pero á diferencia de otros hombres por este estilo, no se jactaba de ello, sino que saboreaba para sí solo y en silencio sus tristes hazañas.

Parecía estar siempre de caza, siempre acechando á alguno, siempre en vela contra los infractores de la ley.

No era rudo, como suelen serlo los de su profesión; era hipócrita.

Venia á ser un malvado con un poco de educación.

Oía con tranquilidad y sin impacientarse todas las quejas y excusas de sus víctimas, pero mostrando una sonrisa traidora que quitaba al que la veía toda esperanza.

Se ensañaba con los caídos, y prefería para saciar su instinto la oscuridad y el silencio.

No se sabía que escribiera á nadie carta ninguna; solo tomaba la pluma para asuntos del servicio.

Gustaba de vagar por los parajes solitarios y abandonados y por las calles pobres y misteriosas.

Nunca daba grandes confianzas á sus subalternos; su rostro cuando hablaba con ellos tenía aun un aire mayor de severidad que de ordinario.

Su padre había sido alguacil en Balmaseda.

Roberto desde pequeño estaba acostumbrado á oír las quejas y los lamentos de los presos; desde niño aprendió á perseguir.

Tenía conciencia de todo lo repugnante de su carácter; y trataba de ocultarlo cuanto podía, como el gato oculta las uñas.

Más de una vez cruzó por su mente este pensamiento:

—Nadie puede hacer más daño á la humanidad que un médico. ¡Quién fuera médico!

Otras veces se rectificaba á sí mismo exclamando:

—No; más daño puede hacer un juez.

Luego añadía:

—Yo nunca seré juez.

Y bajaba la frente desconsolado.

Después sonriendo, volvía á decir, venciendo su desaliento:

—Si no soy juez, podré ser agente de policía, y tal vez llegue á inspector; ¡oh! ¡entonces...! ¡entonces...!

Y empezó allá en su mente á buscar el medio más á propósito, el más corto camino para ingresar en la policía.

Logró pasar á Madrid, y al cabo de algun tiempo aquí fué donde se realizó su deseo; logró ser agente y comenzó su carrera bajo los mejores auspicios.

La inflexibilidad de su carácter, la energía de sus decisiones, la vela continua en que estaba para acechar á los delincuentes, su actividad, su precision en el cumplimiento de todas las órdenes que se le daban, todas estas circunstancias le fueron haciendo un buen puesto entre sus compañeros, que comenzaron á presagiarle un gran porvenir.

Necesidades del servicio pusieron á Roberto en el caso de salir de Madrid, y se decidió por sus superiores que, puesto que su salida era inevitable, fuese á su país, y entonces pasó á Bilbao de inspector, que es donde le encontramos en el curso de nuestra historia.

No hemos hablado hasta ahora de uno de los rasgos más salientes del carácter de Roberto.

Este hombre, en medio de su misantropía, tenia una pasión, pasión brutal y asquerosa.

Era la lujuria.

Tal vez era producto de su ódio á todo aquella guerra declarada á la inocencia y al pudor.

Era completamente esclavo de semejante obcecación.

Sus jefes lo conocian, y habiendo recibido algunas quejas de él en tal sentido, encogianse de hombros diciendo:

—En fin, no tiene otro defecto.

Cuando fué trasladado de Madrid á Bilbao, la pasión llegó á ser delirio.

Tenia entonces una buena presa, una mujer desdichada y hermosa, á quien perseguia con una tenacidad insopor- table.

Irse era abandonar el campo; quedarse era faltar á sus deberes, y sobre todo era agente, y en Bilbao iba á ser inspector, iba á aumentar notablemente su categoría, iba á ensancharse el círculo, la esfera de su acción y de su poder.

En medio de estas dudas no sabia por qué optar.

Pensó una vez que por medio del matrimonio aquella mujer seria suya, y esta fué la única razón que tuvo para su casamiento.

Entonces Roberto pasó á Bilbao, como se ve, diez y seis años antes de hallarle en nuestro camino.

En los diez y seis años que llevaba de inspector en aquella población, no hay necesidad de decir que conocia hasta el último rincón, la más miserable choza, el más ignorado escondite de la capital de Vizcaya y sus cercanías.

En diversas ocasiones habia salido también por los pueblos de la provincia y conocia ya todo aquel país como si fuera su casa.

El mismo solia asegurarlo.

Su esposa murió pronto y le dejó una hija.

Ya la conocemos; es Estrella.

Desde muy pequeña era ya la niña muy linda.

A medida que crecia iba siéndolo más.

Unas mujeres de la vecindad dijeron una vez al pasar Roberto:

—¡Vamos, que vuestra hija ya va espigando! ¡Está echa un pimpollo!

Alguna de aquellas viejas hizo notar que el inspector no se alegraba al oír semejantes exclamaciones.

—¡Si será hija suya! no faltaba tampoco quien decia.

—¡Quién sabe! respondia otra; ¡se ven cosas! ¡Puede ser que no lo sea; pero no hay razon para suponerlo! Yo la tengo por tal.

—¡Pues aquí hay un misterio! decia otra guiñando un ojo con malicia.

¿Por qué temia Roberto que su hija agradara á las gentes y que los extraños se ocuparan de ella?

¡Ah! Es que habia conocido una cosa, y era que en su corazon habia un amor; sentia el amor paterno aletear allí.

Temia perderla.

Tambien los mónstruos aman.

Lo que él se decia: *volará en cuanto le crezcan las alas.*

Y contemplaba con amargura cómo se iba acercando el instante en que la niña se convertiria en mujer.

Desde que empezó á reflexionar sobre esto fué decreciendo en él su pasion brutal.

Ya en este concepto se sentia otro.

Sin embargo, el carácter del hombre podrá modificarse, pero no se varia. Volvia á reincidir, aunque no con la frecuencia que antes.

Pasaba malas noches y se despertaba á menudo como perseguido por un sueño cruel y tenaz.

Habia instantes en que al fijar sus miradas en Estrella que-

daba como sumido en un éxtasis; pero llegaba un momento supremo en que la impresion agradable se convertia visiblemente en dolorosa y aguda, y Roberto levantaba de allí rápidamente la mirada.

En vez de alegrarse cuando veia en su hija bien un peinado de más gusto, ó bien una flor en la cabeza, ó un lazo en el pecho, se disgustaba, y por más que tratara de disimular cuanto pasaba en su interior, la hija fué notando que en semejantes casos su padre sentia un disgusto.

De aquí resultó, como necesariamente habia de suceder, cierta falta de franqueza entre Roberto y su hija.

Ya esta esquivó las ocasiones de apenar á aquel, y cuando su padre se encontraba delante, echaba, por decirlo así, un velo sobre su coquetería.

Si se miraba al espejo, si se probaba un nuevo vestido, ya lo hacia á hurtadillas, poniéndola en cuidado el que Roberto se enterase.

En medio de todo, tenia el inspector á su hija cierto respeto profundo.

Cualquiera hubiera dicho que aquel hombre no tenia derecho alguno sobre la jóven.

No la reprendia nunca.

Entre ambos se cruzaban miradas de inteligencia, pero de ahí no pasaba jamás.

La miraba Roberto algunas veces con esa melancolía propia del que se pára á contemplar desde lejos el lucero de la tarde.

El inspector habia ido creciendo en fama é importancia.

El gobierno se hallaba sumamente contento con él, y varias veces se le habia por sus superiores manifestado que se

aprovecharía la primera ocasión oportuna para recompensar debidamente sus servicios.

Así es que Roberto esperaba recibir el mejor día un nombramiento de inspector en Madrid, que era su sueño dorado.

Pero la verdad es que en la época en que le encontramos de lo que más se preocupaba era de su hija, de Estrella, al mismo tiempo su dicha y su tormento.

CAPITULO IV.

Hay caza.

Una mañana, al empezar á enterarse de las órdenes del día, se encontró entre los oficios que habia encima de la mesa de su inspeccion uno que decia así:

«Pongo en conocimiento del inspector general de policía de Bilbao lo siguiente:

»Que el día... del pasado mes, una jóven llamada Emilia X... que se decia de oficio costurera, pero que segun todos los indicios debe ser vagabunda, vino á mi casa y me suplicó que le diera dinero para comprar un vestido, cantidad de cuarenta reales que ella me entregaria cuanto antes le fuera posible, haciéndome ver que esto seria muy pronto, pues sin tardar muchos dias encontraria en el pueblo trabajo. Yo le dí la expresada cantidad á condicion de que se comprometiera á no salir del pueblo mientras no me la hubiese devuelto juntamente con sus intereses.

»Pongo tambien en su conocimiento que desde hace dos dias dicha jóven ha desaparecido del pueblo burlando mi vigilancia, y segun informes se dirige á esa.

»Por lo tanto le ruego se sirva hacer que la ley no sea letra muerta y que la estafadora sufra el debido castigo; y le

suplico tambien que á ser posible se interese por la devolucion de los cuarenta reales, que como ve me corresponden.

»Las señas de la acusada son las que van al márgen. Adrian Z.—Castro-Urdiales... de... de...»

Las señas que iban al márgen del oficio eran estas:

«Edad, de veintidos á veinticinco años; estatura regular, pelo rubio, aire decaído, como el de una convaleciente.

»Adicion. Parece que durante su estancia en esta ha tenido un niño y es posible que le lleve en brazos.»

Al pié del oficio iba el consabido *Dios guarde á Vd. muchos años*, etc., etc.

La noche anterior al día en cuyas primeras horas habia tenido este lugar, habia sido para Roberto terrible.

Habia pensado mucho en su hija y se le habian ocurrido tales extravagancias, que se levantó decidido á echar mano de cualquier medio con tal de distraerse de todos aquellos pensamientos que habian estado martirizándole.

Cuando leyó el anterior documento, una brillante mirada asomó vivamente á sus ojos. Se levantó de su sillón, exclamando con cierta alegría bárbara:

—¡Ya tengo ganas de ver qué jóven es esa!

Comunicó la orden á todos sus subalternos, encargándoles gran celo en el cumplimiento de ella, porque era cosa que le interesaba.

Dos días despues de esto, y á la misma hora próximamente, era Emilia conducida, como ya hemos visto, á la inspección y se encontraba frente á frente con Roberto.

Ya sabemos, pues, quién era aquel hombre ante el cual se vió cuando menos lo esperaba la protagonista de nuestra historia.

CAPITULO V.

El verdugo y la víctima.

Como sabemos, el inspector y Emilia quedaron solos en la habitacion frente á frente el uno del otro.

¿Qué es lo que pasó?

Él sonreía...

Ella temblaba...

Por fin Roberto habló así:

—¡Siéntese Vd., hermosa jóven, siéntese Vd!

Emilia se sintió herida al oirse llamar *hermosa*.

No era efectivamente en aquella ocasion el epíteto más oportuno.

Roberto se apercibió de la sorpresa que en su interlocutora produjo con sus palabras, y suavizando más y más su tono le preguntó:

—¿La he ofendido?

—¡Lo que quiero es que Vd. me diga á qué me ha traído á este sitio! ¡Yo no sé nada! ¡Soy inocente! Desde hace algun tiempo parece que la desgracia se ha empeñado en afi-girme... donde quiera que voy ella camina detrás de mí; ¡oh! ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿Puede Vd. decírmelo? ¿Quiere Vd. hacer el favor de decirme por qué me han detenido, por

qué me han traído aquí? ¡No sé por qué! ¡Yo no he cometido ningun delito! ¡Yo no soy culpable de nada!

El inspector dijo entonces:

—¿Con que me pregunta Vd. por qué la han detenido?

Y apareció en su rostro una expresión de duda; pues pensó en si alguno de sus subalternos se habría equivocado al detener á Emilia, y volvió á hacer á la jóven un interrogatorio por el estilo del que había tenido lugar á la entrada de Bilbao, hecho por uno de los dependientes de Roberto.

—¿Es decir, que Vd. no sabe por qué la han traído aquí? exclamó el inspector con alguna seriedad.

—¡No sé absolutamente una palabra!

—¿De veras? ¿Habla Vd. en serio?

—¿Cree Vd. que le engaño? Yo no he cometido ningun delito; no sé francamente, ni acierto á explicarme por qué me prenden; yo no le conozco á Vd., señor, pero se me figura que Vd. va á mandar que me encierren, y eso no es justo, porque yo no he hecho nada á nadie, no he causado ningun mal á nadie, ni con nadie me meto; vengo huyendo de mi pueblo, que es injusto conmigo, y se aumenta mi amargura al pensar en este ángel, á quien puede serle funesta esta nueva desgracia que se me prepara...

Roberto quedó pensativo y hasta cierto punto turbado; no sabía cómo salir de aquella situación.

Por fin, serenándose y tomando su tranquila actitud habitual, cogió el aviso que de Castro-Urdiales había recibido, y que tenía sobre la mesa, y le repasó ligeramente con la vista.

Emilia, sin saber por qué, miró instintivamente con odio aquel papel y creyó ver en tal documento el producto de alguna intriga, de alguna infamia.

—¿Es decir, señor inspector, que hay quien me causa? ¿Y de qué se me acusa? Hágame Vd. el favor de contestar á esta ansiedad que me devora; voy á volverme loca.

—¡Veamos! dijo Roberto con alguna calma, aunque lanzando una mirada llena de interés.

—Ya oigo... contestó Emilia resuelta y ya dominada por esa tranquilidad profunda de aquel que vislumbra una desgracia que se presenta en lontananza.

—¿No se llama Vd. Emilia? preguntó el inspector sin perder ninguno de los gestos del semblante de la jóven.

Emilia le contestó con voz intranquila y desfallecida:

—Sí, señor; ¿qué le dicen á Vd. de Emilia?

—¿No salió Vd. hace algunos días de Castro-Urdiales?

—Sí, señor, eso es cierto; ¿pero qué tiene que ver...?

—¿No conoce Vd. al señor D. Adrian Z...?

—¿D. Adrian Z...? murmuró Emilia entre dientes y pensativa.

—Sí, ese mismo. Qué, ¿va Vd. á decir que no le conoce?

—¡D. Adrian Z...! volvió á repetir.

—¿No recuerda Vd. haber conocido á un caballero que se llama así?

—¡Ah! ¡sí! ¡D. Adrian! Ahora pienso en quién es; le digo á Vd. con formalidad que no me acordaba; es verdad que en el pueblo tampoco se le conoce por D. Adrian; se le llama entre el vulgo el *usurero*, porque efectivamente lo es...

Ha de saber Vd. lo que ha pasado; pero ¿á qué decir nada? ¡Necia de mí! ¡Si ya sé que la justicia no tiene corazón; si ya sé que las leyes no se compadecen de nadie, y que sus disposiciones son inflexibles; si ya sé que los hombres encargados de administrarla y de disponer á su arbitrio de la

justicia no se apiadan de las desgracias de nadie, ni de la desesperacion, ni de la miseria, ni de nada absolutamente...!

¿A qué dar más explicaciones? ¡Ya sé lo que va Vd. á decirme! Ahora comprendo bien la causa de mi detencion!

Es cierto que me marché del pueblo sin pagarle; pero ¿cómo habia de ir y decirle: señor D. Adrian, no dispongo de cuarenta reales, que es lo que Vd. me dió para comprarme un vestido cuando mi cuerpo estaba cubierto de harapos; nadie me da trabajo en este pueblo; todas las casas me cierran sus puertas; hasta los niños me miran con horror; nadie depositaria en mi mano una limosna aunque la extendiera implorando la caridad...»

Y además, segun la ley, al que debe y no tiene dinero se le encarcela hasta pagar tanto por dia, y cuando hay además de la deuda algunas otras circunstancias, como vagancia, mala reputacion, mal ejemplo ú otras por el estilo, entonces los dias de la prision se prolongan...

Si el preso es pobre, tanto peor, más dura será tambien la pena, porque el pobre siempre es una vecindad incómoda, siempre es objeto de desprecio. ¡Oh! todas las personas honradas quieren librarse del contacto de aquella á quien la miseria domina. De modo que, ya ve Vd., ¿qué es lo que yo habia de hacer con este pobre niño que me ha dado Dios? Sí, he pensado desde hace mucho tiempo, no desde ahora, sino desde el mismo instante en que salí del hospital, he pensado en pagarle á D. Adrian ese dinero en cuanto ganase algo... Por eso vengo aquí á buscar trabajo, porque yo quiero trabajar, porque soy trabajadora; yo quiero ocuparme en algo, y aquí estoy segura de encontrar ocupacion.

¡Por Dios, no me haga Vd. infeliz! ¡Por este pobre niño,

que está ajeno á lo que está pasando! ¡Le pido á Vd. por cuanto hay en el mundo que no me encierre, no! Yo trabajaré sin descansar hasta reunir esos cuarenta reales; ¡ya ve Vd. qué miseria! pero que podrá ser causa de una gran desgracia para mí. Además, de los pobres presos se olvidan cuando cumple el dia de su condena; sobre todo cuando este preso no tiene familia ni ninguno que se interese por él, como me sucede á mí... Tendria que llevar á mi hijo á la prision, y luego aquel aire, aquella humedad; luego mi amargura de estarle viendo allí...

Si voy sola á un calabozo, tanto peor; estaré intranquila, no podré dormir, se me figurará que voy á perder á mi hijo, que no voy á verle más, y luego, ¿á quién se lo he de dejar? ¡Un hijo del corazon no se deja á cualquiera! ¿Qué haré, Dios mio, si llega ese caso? ¡Por Dios, por Dios! yo haré cuanto quiera D. Adrian; yo le daré ochenta, ciento, doscientos, reales, cuanto quiera, con tal que no me metan presa...

Luego dirán: «esa mujer ha estado en la cárcel;» y todos serán obstáculos para ganarse una la vida. Pienso que no es motivo suficiente el retraso de ocho ó diez dias más en el pago de una deuda para hacer desgraciada á una pobre mujer.

Roberto sintió por la primera vez en su vida á la manera de un rayo de compasion; pero aquella luz fué pasajera, pues la expresion de piedad y lástima que se reflejó en su rostro en un principio trocóse en un gesto de ironía y en una sonrisa que asomaba hipócrita entre aquellos labios de hielo.

Hubo un instante en que pareció que de la boca de Roberto iba á brotar una frase de compasion al ver á aquella pobre mujer con la mirada suplicante, puesta de rodillas delante de

él, con aire dolorido, con una expresión de amargura y ansiedad en su semblante que rayaba ya en sublimidad.

Aquella escena era un cuadro sorprendente en verdad, que reclamaba la inspirada paleta de un génio.

Aquella mujer, aquel niño, aquel hombre, aquella habitación, aquella sombra, aquel silencio, aquella madre que puesta de rodillas lloraba y esperaba al mismo tiempo; aquel hombre de hielo ó de mármol, colocado de pié, derecho, inmóvil, que contemplaba á Emilia arrodillada; aquel aspecto severo de su rostro y aquellas facciones, que parecían más bien que las de un sér humano, las de una estatua de granito; aquellos sueños de gloria del niño, que brillaban en su frente infantil; aquel rayo del amor maternal que brotaba de Emilia suplicante; aquella actitud del inspector, compuesta de un carácter de acero, de una frialdad de hielo, de una compasión efímera y de un reconcentrado despecho.

Verdaderamente que no pensó Roberto que aquella escena le conmoviera; pero fué tan rápido, tan impetuoso y tan ardiente cuanto salió de las lábios de la jóven, que á pesar del génio de aquel hombre su corazón sintió un vuelco.

Aquello le irritó; se le figuró que por la primera vez de su vida había sido vencido.

¿Vencido por quién? ¡Por las palabras de una débil mujer...!

¿Vencido cuándo? ¡Cuando era él quien tenía en sus manos á aquella delincuente!

¿Vencido por qué? ¡Porque Emilia le había relatado una historia vulgar, una historia como otras muchas, una historia que casi á todas horas sucede y en todas partes, haciéndole perder el tiempo é impidiéndole ocuparse de otros negocios más importantes...!

El inspector había sido contrariado; dominándose una vez más, exclamó con un acento que casi era imposible oír:

—¿Con que Vd. quiere que no se la encierre? ¿no es esto?

—¡Eso! ¡eso! ¡Que no digan mañana: «esa mujer ha estado en la cárcel!» ¡Que no digan á mi hijo: «eres hijo de una mujer que ha estado en prisión!» Porque en estando preso, lo mismo da estarlo dos días, que dos años, que cuarenta: pues siempre alcanza al desdichado que sufre esa pena una terrible fama que por todas partes le sigue y lleva impreso en su frente un sello de oprobio.

¡Nada me horroriza tanto como la cárcel! Cuando me he visto precisada á pasar junto alguna, he dado un gran rodeo y me he ido por otras calles aunque tardase mucho en llegar al sitio á donde iba.

¡Esos sepulcros de vivos me han horrorizado siempre! ¡Por Dios, que no caiga yo en ellos!

—¡Bueno! ¡enterado! ¿De modo que á todo trance quisiera Vd. librarse de la pena de prisión?

—Sí, sí...

—Pero repare Vd. que es delincuente y que ha caído bajo el imperio de la ley; que yo soy el encargado de hacer que se cumpla esta, y que por lo tanto falta á mi deber si no hago que la ley se respete.

—¡Yo delincuente...!

—Sí, delincuente; Vd. ha cometido un delito penado por el Código; si tiene Vd. tanto horror á entrar en un calabozo, ¿por qué ha pedido Vd. prestada una cantidad y se ha marchado del pueblo en que la pidió sin devolverla?

Yo bien sé que Vd. me dirá que la miseria obliga á tomar ciertas determinaciones y que cuando la necesidad obliga

no hay más remedio que echar á andar por el camino que nuestros instintos de conservacion nos llevan. Pero aunque yo comprendo que esto es muy natural que suceda, no lo comprende así la justicia, ni lo comprende el vulgo, ni la generalidad de las gentes, ni lo comprenden así los legisladores.

Por lo tanto, mire Vd. que pide una cosa difícilísima de hacerse; que sería para mí un compromiso sumamente grave si abusando de las funciones que me están confiadas, del encargo de velar por la sociedad, hiciese un esfuerzo para librarla á Vd. de ser presa.

Ya comprende Vd. que esto sería en mí una ilegalidad y una traicion á los que me tienen en este puesto; mire usted que me pide un imposible.

—¿Imposible...?

—Sí, imposible.

—¡Por Dios! ¡compadézcase Vd. de mí...! Yo trabajaré, haré cuanto Vd. quiera.

—Excusa Vd. decirme nada; la ley la condena, yo soy su fiel ejecutor y está Vd. en mi poder.

—¡Por Dios! ¡Dios mio! ¡hijo de mi vida!

—No continúe Vd.; con gritos nada se adelanta.

—¡Oh! ¿Qué es lo que haría yo para que Vd. se compadeciese? ¡Póngase Vd. en mi caso!

—Señora, ya le he dicho á Vd. que la ley es inexorable.

—¿Inexorable? ¡Que me mata Vd. y mata á mi hijo...!

—¿De modo que á Vd. se le figura que voy á faltar á mi deber porque lloriquee un poco? ¿No es esto?

—No, no digo eso; que me sigan, que me vigilen por todas partes, que se enteren de todo lo que haga; yo trabajaré,

no saldré de Bilbao, coseré, bordaré, haré todo cuanto se presente, haré cualquiera cosa con tal de no ser castigada como Vd. quiere hacerlo conmigo.

—¡Oh! ¡Estar libre con sujecion á la vigilancia de la autoridad...! Eso es ya mucho pedir; ¿no sabe Vd. que eso sería salirme de mis atribuciones? No, no haré tal.

—Invente Vd. un medio; yo trabajaré para pagar á don Adrian, ya lo he dicho: yo le daré cuatro, seis, diez duros, cuanto quiera; entre tanto estaré en cualquier parte, ¡donde á Vd. le parezca! ¡Pero en la cárcel no! ¿No ve Vd. que lo sabrá todo el mundo? Luego, ¡como el pueblo donde he pasado mi infancia y los primeros años de mi juventud está tan cerca...!

—¿Pero tanto horror le da á Vd. un calabozo? Ya irá usted acostumbrándose á estas cosas.

—¡No lo quiera Dios!

Roberto quedó pensativo.

—¿Qué es lo que Vd. piensa? ¿Ha hallado Vd. algun medio de que echar mano? Sí, estoy segura; leo en los ojos de Vd... comprendo en el gesto de su semblante que está haciendo todo cuanto puede por salvarme, que se ha compadecido de mí y del niño que tengo en mis brazos, que procura librar del oprobio á esta pobre mujer; sí, Vd. me salvará; Vd. tiene un corazon bondadoso; en Vd. confío: casi estoy segura de que antes de pocos dias tengo reunido más de lo que D. Adrian me pide, y aun ahora mismo puedo darle algo; pero todo no, eso no...

Sí, Vd. lo va á arreglar todo; y si no hallo medio y á usted le parece bien, me pondré á pedir limosna ó empezaré á trabajar en seguida, ahora mismo, y con lo poco que aquí



tengo y algo que gane, en seguida salgo del compromiso. ¡Oh! ¿por qué no hacerlo? ¡Tonta de mí, que no había dado en ello! Venderé estas ropitas de mi hijo, venderé toda la ropa mia que pueda, aunque no sé qué me darán por ella. Aunque poco, algo me darán, ¿no le parece á Vd.?

El agente quedó entonces como confuso.

¡Era tan fácil el medio de salvar á aquella mujer!

Precisamente las ropas que Micaela había dado á la viajera para que el niño y ella se abrigasen estaban nuevas.

Además, ya sabemos que Emilia contaba con un resto del dinero que entre su atillo había puesto la alcaldesa.

Viendo el inspector que la presa se le escapaba de entre las manos, quedó pensativo, reflexionó.

Entonces se apercibió Emilia de la gran emoción que sus palabras hicieron en aquel hombre; esto la animó sobre manera y exclamó resuelta y decidida:

—Nada, nada, señor inspector, ya está todo arreglado; no hay cuestión ninguna; buscaremos una persona que vaya á vender todas estas cosas; con el dinero que den por ellas y este pico que aquí tengo, reuno toda la cantidad que he de devolver á ese señor D. Adrian, y aun me queda un poquillo de dinero para vivir un par de días, para tener que comer y donde dormir en Bilbao mientras encuentre trabajo; ya ve Vd. qué pronto se ha salido de los apuros; si muchas veces vienen los males porque una se atonta y no sabe lo que se hace; pero si las cosas se reflexionaran... Ya puede Vd. poner en conocimiento de ese señor prestamista que su cantidad le será inmediatamente devuelta, con los intereses, que si no me equivoco me dijo que eran un veinte por ciento.

El inspector estaba más caviloso; algo batallaba allá en su

mente que le dominaba, de lo que le era imposible liberarse.

Alguna idea tenaz le amarraba, por decirlo así, comprimiéndole el cerebro.

Parecía sufrir al ver la alegría que poco á poco iba apoderándose de la hasta entonces desconsolada mujer.

¿Por qué se entristecía?

¡Ay! por lo mismo que debe entristecerse el tigre cuando ve que una buena presa se le escapa, cuando ve que aquel á quien creía su víctima se aleja del alcance de sus garras.

Pero de repente Roberto dejó pintarse en su rostro, que irguió altivo, una expresión de triunfo.

Brillaron sus pupilas como iluminadas por un vivo resplandor, y una sonrisa, cuyo fondo tenía mucho de amargura, cruzó sus labios.

Aquel brillo de sus pupilas y aquella sonrisa de su semblante hicieron á aquel hombre más horrible, así como parece más horrible un abismo cuando la luz de un relámpago lo alumbra.

Emilia conoció en seguida cuán funesto debía ser para ella aquel cambio, pues en su actitud se pintó la más profunda ansiedad, y se entrecortó su aliento, esperando las palabras que debían salir de los labios del inspector.

Esperaba con anhelo aquellas palabras como un acusado espera de los labios de su juez una sentencia.

Por fin Roberto habló.

He aquí lo que dijo con una frialdad de hielo imposible de describir:

—¡Cuánto siento, señora mia, que se haya hecho Vd. ilusiones, pues va á recibir un terrible desengaño! Según usted,

el que comete un delito, en resarcido el importe de los daños y perjuicios causados queda libre de toda pena y exento de toda responsabilidad; pues no es así, se ha equivocado Vd. en grande; no tiene nada de particular que Vd. no entienda de leyes; pero si entendiera sabria que el Código penal distingue dos responsabilidades en el delincuente; la una que se llama *responsabilidad civil*, y la otra *responsabilidad criminal*; de modo que aunque Vd. cumpliera con la ley devolviendo á D. Adrian lo que es suyo, le falta á Vd. todavía cumplir el castigo que el Código señala á los que delinquen. Una cosa es retribucion y otra cosa es pena; no hay medio humano para que Vd. se libre de la pena de prision que le corresponde por el delito de hurto, que así califica la ley al que Vd. ha cometido.

Emilia quedó estática, con la mirada fija en aquel hombre, cuyo aire de satisfaccion aumentaba por momentos.

No queria creer lo que habia oido, y sin embargo aun resonaba en torno suyo el eco de aquellas frases, que frias y punzantes como agujas de hielo le habian traspasado el corazon.

Se quedó pálida como una estatua de mármol.

Era terrible aquella escena.

Previendo el inspector la serie de súplicas y de lamentos en que iba á prorumpir la infeliz Emilia, tomó un aspecto severo.

Recobró, por decirlo así, sus derechos de autoridad, y hubo un momento en que casi se arrepintió de la consideracion con que habia tratado á la jóven.

Haciendo intencion de volver á esta la espalda, exclamó la cónicamente:

—Ahora la llevarán al calabozo; tengo mucho que hacer y no puedo ocuparme de Vd. exclusivamente; con que, ¡nada de alborotos ni lloriqueos! ¡andando!

Y el inspector, acercando la mano á un timbre que tenia encima de la mesa, le hizo sonar con fuerza.

—¿Con que nada es capaz de conmoverle á Vd.? dijo Emilia en un tono verdaderamente trágico.

—No, nada, contestó Roberto con sequedad.

Entonces Emilia, viendo que aquello era cosa hecha, reconcentró todas sus fuerzas como para sostener mejor el peso de su desgracia, y murmuró mientras uno de los subalternos de Roberto abria la puerta de la estancia:

—¡Oh! ¡resignémonos!

—Siga Vd. á este hombre, exclamó el inspector con entereza mirando á Emilia; y luego, volviendo la vista hácia el que habia entrado, le dijo imperiosamente:

—Enciérrela Vd. en el segundo calabozo de la izquierda.

—La encerraré allí, contestó el celador.

Roberto se dejó caer en su ancho sillón de baqueta.

Emilia siguió al policía con dignidad.

¿Cuánto hubiera dado por poder llorar en aquel instante?

CAPITULO VI.

Una carta.

Por fin Emilia fué encerrada en el calabozo que indicó el inspector.

En cuanto el hombre que la llevó allí la hubo dejado, cerrando tras sí la puerta, la jóven tendió en derredor una mirada para convencerse de que era una prision el sitio en que habia entrado:

Era la primera vez que se encontraba en un calabozo.

Jamás habia pasado por su imaginacion, ni aun remotamente, la idea de verse presa algun dia.

¡Oh! Cada vez que pensaba en Roberto, en aquel hombre tenaz é inflexible que en nombre de la ley se complacia en hacerla infeliz, cuando sin compromiso ninguno podia haberla salvado de semejante afrenta, murmuraba con apagada voz:

—¿Con que hay hombres que gozan en hacer daño? ¿Con que hay víboras humanas que no se hallan sin arrojar sobre el mundo su veneno? Si en mí, que soy una mujer inofensiva, sácia así ese hombre sus perversos instintos, sus sentimientos de ódio, ¿qué es lo que hará cuando un feroz criminal caiga entre sus manos? Porque es imposible que la ley

sea tan dura; si es que así lo fuera, esa ley es infame; pues qué, ¿puede compararse mi falta con el gran perjuicio que me causa la ley enviándome á un calabozo? Verdaderamente que no; mañana tendrán todos derecho para decir: «esa mujer ha estado en la cárcel, rechazadla de vuestro lado.» Sí, no cabe duda, lo dirán; porque hay muchas personas, aunque esto sea incomprendible, que gozan con los males ajenos; pero ¡necia de mí! ¿á qué pensar en ello? Esto no tiene remedio ya.

Y Emilia prorumpió á llorar amargamente.

Pasó así algun tiempo.

Los minutos se le hacian siglos.

A las tres horas de estar en el encierro ya le parecia que habia estado una eternidad.

Aquel mismo dia pidió papel, pluma y tintero, lo cual le fué llevado, gracias á una propina que dió al que tenia cuidado de los encierros.

Cualquiera diria que en la cárcel es donde ménos falta hace el dinero.

Este es un error muy grande.

No puede satisfacer un preso la más insignificante exigencia si no tiene medios con que pagar el servicio que solicita.

El pobre es en la prision más pobre que en ningun otro sitio.

Si un preso quiere en su jergon un poco más de paja para poder dormir con alguna menor incomodidad, tiene que pagar el servicio al calabocero...

Que quiere escribir una carta con destino á tal ó cual persona que se halla fuera del establecimiento, y este servicio

tiene que pagárselo á la *echadora de cartas* para que lo cumpla con fidelidad...

Que quiere estar unas cuantas horas más fuera de su calabozo, y este favor debe pagárselo al alcaide...

Que quiere una mesa, tiene que abonar este servicio...

Que quiere que se le permita la entrada á un pariente, tiene que recompensar también á este ó al otro empleado...

Que quiere ocupar un cuarto cuya reja dé á la calle, ¡ah! para esto hace falta mucho dinero. ¡Diez ó doce reales al día!

Casi ningún preso puede disponer de semejante renta.

Hay pocas cosas, pues, más desesperadoras que el presidio cuando nada se posee y cuando este es por mucho tiempo.

Emilia, pues, tuvo que desprenderse de un pequeño pico de la corta cantidad que consigo llevaba, con la que pensaba vivir en Bilbao unos pocos días.

Ahora bien; ¿á quién iba á escribir?

Leamos la carta que trazó, interrumpida algunas veces por los sollozos que fuertemente brotaban de su pecho, y otras por el temblor que de vez en cuando se apoderaba de la mano con que escribía.

Hé aquí las líneas que escribió:

«Señor alcalde de Somorrostro:

»Soy muy desgraciada.

»Me hallo presa en la inspección de policía de Bilbao.

»Si Vd. pudiera hacer algo por mí, me atrevería, á pesar de los grandes favores que le debo, á rogarle que tratara de sacarme de este sitio cuanto antes le fuera posible.

»¡Aunque no sea más que por este hijo de mis entrañas!

EMILIA.»

Cerró el papel donde escribió esto, y puso el sobre á Rafaela.

Después, mediante otra propina que le fué exigida, mandó echar al correo aquella carta.

Tenia Emilia la convicción de que José María había de hacer por ella todo lo que estuviera de su parte.

En medio de su amargura, cierta esperanza empezaba á aletear en su corazón y le daba algún consuelo.

CAPITULO VII.

El sueño de Emilia es interrumpido.

Durante todo aquel día, los más negros pensamientos velaron con sus sombras la mente de la desdichada jóven.

Si una idea era amarga, más amarga era la que le seguía á aquella.

A un pensamiento triste, otro más triste aun.

¡Ah! ¡Qué penoso viaje es ese que hace la imaginacion por la densa noche oscura de una desgracia que empieza á envolvernos en sus sombras! Desde luego se nos presenta el fondo de aquel abismo.

Nuestra mente es, por decirlo así, el centinela avanzado que va delante de nosotros, presentándonos las escenas que más tarde habrán de sobrevenir.

Así es que ante la vista de Emilia se presentaba un abismo, un abismo horrible.

Su aficcion fué creciendo, y cuando la noche llegaba, cuando los primeros velos del crepúsculo empezaron á envolver aquella habitacion en que se encontraba la jóven, un frio de sepulcro se apoderó de su alma.

El horror aquel que sintió de pronto, la impresion que entonces la afectó fué en extremo espantosa.

Era la primera vez que se encontraba en un sitio semejante.

¡Nunca habia estado presa!

Verdaderamente que debe haber pocas cosas que más impresionen á una persona que el ver cómo se acerca la primera noche que se va á pasar dentro de un calabozo.

¡Qué negros fantasmas!

¡Qué repugnantes visiones!

¡Qué formidables temores!

¡Qué espectros aquellos que se van levantando poco á poco en nuestra alma!

Por triste que haya sido siempre la desgracia del que sufre semejante pena, por desconsolador que haya parecido á todos su infortunio, por amargas que hayan sido sus lágrimas, por solitario que se haya encontrado sobre la tierra un hombre... ver llegar una noche semejante es igual que salir de la aurora para caer en las tinieblas; igual que verse lanzado de repente de la luz del mediodía á una media noche sin luna y sin estrellas.

¡Qué de ayes comprimidos!

¡Qué de recuerdos queridos entre aquella bruma!

¡Qué de misterios dibujándose allá entre las espirales de sombra que van creciendo poco á poco en los ángulos de la habitacion y amenazan encubrirla por completo!

Se adivina en aquel recinto algo uraño.

Parece que algunos seres desconocidos han de brotar de aquella atmósfera pesada y corrompida.

Allí la imaginacion se pierde fingiéndose sueños angustiosos, y quimeras en las que nunca se ha pensado.

Eso de hallarse donde la generalidad del mundo ignora,

en un sitio junto al que siempre se pasa con horror, á donde siempre se tiende la vista con tristeza; oír rumores, sin que nadie á uno le oiga y oír decir á través del muro...

—¡Amigo mio...!

—¡Padré...!

—¡Hijo...!

—¡Esposo...!

¡Qué amargura!

Quando dentro del muro no hay ninguno de esos consuelos, ¡eso es desesperador!

Se han roto ya todos los lazos que forman la sociedad humana, y sin los cuales seria imposible la vida sobre este árido desierto que llaman mundo.

Al encontrarnos allí nos parece que cualquiera tendria derecho para mofarse de nosotros...

Para insultarnos...

Para escarnecernos...

Para escupirnos á la cara y decirnos:

—Tú eres un preso, luego eres un criminal.

De todas aquellas lóbregas paredes sale una voz sin rumor, pero que el alma percibe perfectamente...

Esa voz dice:

—¡Pierde toda esperanza!

Lasciate ogni speranza, como dijo el Dante.

Y no solo es la esperanza lo que se pierde allí.

La honra y la dignidad, se pierden...

La consideracion que uno gozaba, se pierde...

La libertad, se pierde...

El nombre se pierde tambien; pues en lugar de decir *Fulano ó Zutano*, dicen:

—El número 3 ó el número 500.

El hombre ya no es hombre.

Se convierte en una cifra cualquiera...

En la que da el alcaide al entrar en el establecimiento.

Por fortuna no se encontraba Emilia en tal caso. ¡Esó no!

Pero á todos estos horrores la llevaba su imaginacion al hallarse sola allí, en aquel sitio retirado y oscuro y en el abandono más completo.

Todas estas cosas le affligian, porque sabia que eran en el mundo tan horribles como ciertas, y empezaba á temerlas ya.

Al encontrarse en una prision por primera vez, un sentido íntimo, que todos poseemos, nos hace comprender, por más que no eleve acento alguno, que aquel suelo que pisamos no acaba allí.

Aquel suelo es un primer escalon, á cuyo fin se suele llegar casi siempre que se comienza á bajar.

¡En el último de los escalones se encuentra el colmo de todas las desesperaciones reunidas!

Una vez poseida de tales emociones, calcúlese cuánta seria la amargura de Emilia, mientras su alma se perdia por entre estas ideas.

Unas veces, al mirar al niño que tenia en sus brazos, se consolaba.

Aquello le daba valor.

Le miraba y se decia:

—En teniendo aquí al hijo de mis entrañas, ¿para qué necesito yo del mundo?

Pero otras veces, los pensamientos que el niño le inspiraba eran completamente contrarios.

Se decia:

—¡Oh! ¡Esto no puede seguir así; de ningun modo! Tú no puedes estar conmigo en este sitio... ¿Qué seria de tí, infeliz criatura? ¡Haber pasado los dias de tu infancia en una prision! ¿Quién habia de decírtelo? Y además, este aire que aquí se respira acabaria por envenenarte. Yo estoy segura que José María ha de hacer todo cuanto pueda por librarme de este tormento. Pero ¿qué voy yo á hacer aquí si me quedo sola? ¿Cómo podré vivir lejos de este ángel?

Y despues de exclamar así, inclinaba la frente sobre el pecho anegada en llanto y respiraba trabajosamente.

Varias veces se acordó de aquel hombre inflexible que no hizo caso de sus súplicas ni de sus ruegos, y á quien indudablemente un ódio hácia los débiles habia inspirado la crueldad con que le trataba.

Pues qué, ¿no podia el inspector haberle evitado el duro trance de dormir en un calabazo, puesto que ya se brindaba á pagar inmediatamente la cantidad que adeudaba á don Adrian?

¿Quién duda que aquel hombre no tenia corazon?

¡Ay! Aquella sonrisa amarga, que de vez en cuando se revelaba en sus labios durante su diálogo con Emilia, demostraba bien claramente la insensibilidad de aquel hombre.

Parecia gozar al verter en derredor suyo la amargura.

Pero una cosa le extrañaba á Emilia.

¿Por qué hubo algunos momentos en que el inspector reflexionaba?

—Esto me indica, se decia, que llegué á conmoverle, pues si no, ni un solo instante se hubiera puesto á meditar. ¡Oh! sí, yo seguiré suplicando. Yo le haré ver cuán grande es el

favor que puede hacerme si me permite salir de aquí. Yo le rogaré. Yo le suplicaré. Yo haré todo cuanto pueda, con tal de no estar aquí más. Este recinto me da horror.

Otras veces exclamaba con calma y reconcentrada amargura:

—¡Oh! Y si no accediera á mis súplicas, ¿cuándo me sacarán de aquí? ¿Estaré aquí mucho tiempo? Pues qué, ¿es tan grande la falta que he cometido? Yo creo que solo estaré algunos dias. Pero ¡quién sabe! ¡soy tan desgraciada!

A aquel que se encuentra de repente dentro de un calabozo, le sucede lo mismo que al que se ve lanzado en un abismo de paredes inabordables.

Tiene conciencia del lugar donde se encuentra y de las grandes dificultades con que tropezará para llegar al borde de la sima.

Así es que la conciencia que el preso tiene de su desconsoladora posicion aumenta más y más la amargura que semejante situacion lleva consigo...

Llegó la noche.

Las tinieblas se hicieron completas.

Emilia entonces miró en derredor suyo y no vió nada.

Se acordó de que antes de que la luz se alejara de allí habia visto en una esquina del cuarto un pobre jergon con muy poca paja.

Se encaminó á tientas hácia él, y se echó encima.

Trató muchas veces de conciliar el sueño.

Pero esto le fué completamente imposible.

Por lo tanto desistió de volver á intentarlo otra vez, y no hacia otra cosa que besar á su pobre hijo, á quien tenia en-

tre los brazos. Su cama, efectivamente, no se componía de otra cosa más que de un jergón miserable y de una almohaca rota á trechos y mal rellena de lana.

Al hacer Emilia un involuntario movimiento con el brazo, tropezó con su mano alguna cosa; se fijó en qué era aquella cosa con que habia tropezado, y notó que eran unas espesas telas de arañas que habitaban pacíficamente en aquel rincón del calabozo.

Este era cuadrilongo, de bastante altura de techo.

Sus dos paredes laterales, que habian sido blancas, ya eran de un color indefinible.

Estaban descascarilladas á trechos y completamente llenas de polvo.

En el lienzo de pared que daba entrada á la estancia habia una puerta, que era por donde se entraba.

Esta puerta tenia en medio de su tercio superior un pequeño ventanillo cruzado por dos hierros que se cortaban perpendicularmente.

Encima de la puerta habia tambien un enrejado para dar luz al calabozo.

Este enrejado lo formaban cinco gruesos barrotos de hierro atravesados por otro horizontal.

Enfrente á este lienzo de pared habia en la parte alta del calabozo una ventana, á la cual por el interior no podia llegar una persona por alta que fuese su estatura.

Esta ventana estaba tambien bien resguardada por otro fuerte enrejado.

Cada vez que Emilia pensaba en el lugar donde se encontraba, se afligia más.

Así es que se decidió por fin á no volver á pensar en su

posicion, y sí en cosas que pudieran ser prácticas y que condujeran á resolver del mejor modo posible aquella situación á que habia descendido cuando menos lo pensaba.

Como la noche anterior habia sido para ella tan horrible, á causa de la tempestad que le sorprendió en el camino al dirigirse de Somorrostro á Bilbao, y como no habia verdaderamente reposado durante las horas que el avaro de Baracaldo la recibió en su casa, sino que habia estado cuidando de su hijo, en lo que permaneció ocupada, y además como todo aquel dia habia sido para ella de tan grandes emociones, era ya profunda la fatiga que rendia sus miembros.

De modo que llegó un momento en que no el sueño, sino el cansancio, le hizo dormir.

Reposó algunas horas.

Antes de haber pegado los ojos colocó al niño de modo que no pudiera hacerle daño cuando el sueño sobreviniese.

No soñó en nada.

Cuando son supremas las circunstancias por que se atraviesa, es cuando se reposa mejor.

Después de una larga fatiga, entonces no es sólo el cuerpo, sino el espíritu tambien, lo que necesita descanso.

¿Cuánto tiempo pasó así Emilia? No lo supo.

El caso es que de pronto su sueño fué interrumpido.

Habia escuchado un rumor que le habia despertado de su letargo.

¿Qué rumor era aquel?

Emilia, por de pronto, no pudo precisarlo.

Pero si es verdad que apenas lo oyó entre sueños, le sintió en el corazón á la manera de un golpe.

Al despegar sus párpados notó que abrian la puerta.

Al principio le pareció que aun era de noche. Pero despues, fijándose más y reparando en quién era el que trataba de penetrar, se incorporó, mirando hácia la entrada.

De pronto exclamó cogiendo entre sus manos al hijo, que dormia junto á ella:

—¡Qué luz! Es que amanece... ¡Oh! ¡Qué veo! ¿Qué querrá ese hombre?

Efectivamente; cuando la puerta se abrió, Emilia pudo percibir con perfeccion entre la claridad de la aurora á un hombre de mirada sombría y de semblante adusto, envuelto en un largo y grueso abrigo y cubierta su cabeza con un sombrero de fieltro.

En seguida reconoció quién era y murmuró:

—¡Oh! ¡Es el señor inspector!

Trató de adivinar con uua mirada cuál era el objeto que allí le conducia.

Y su corazon no la engañó.

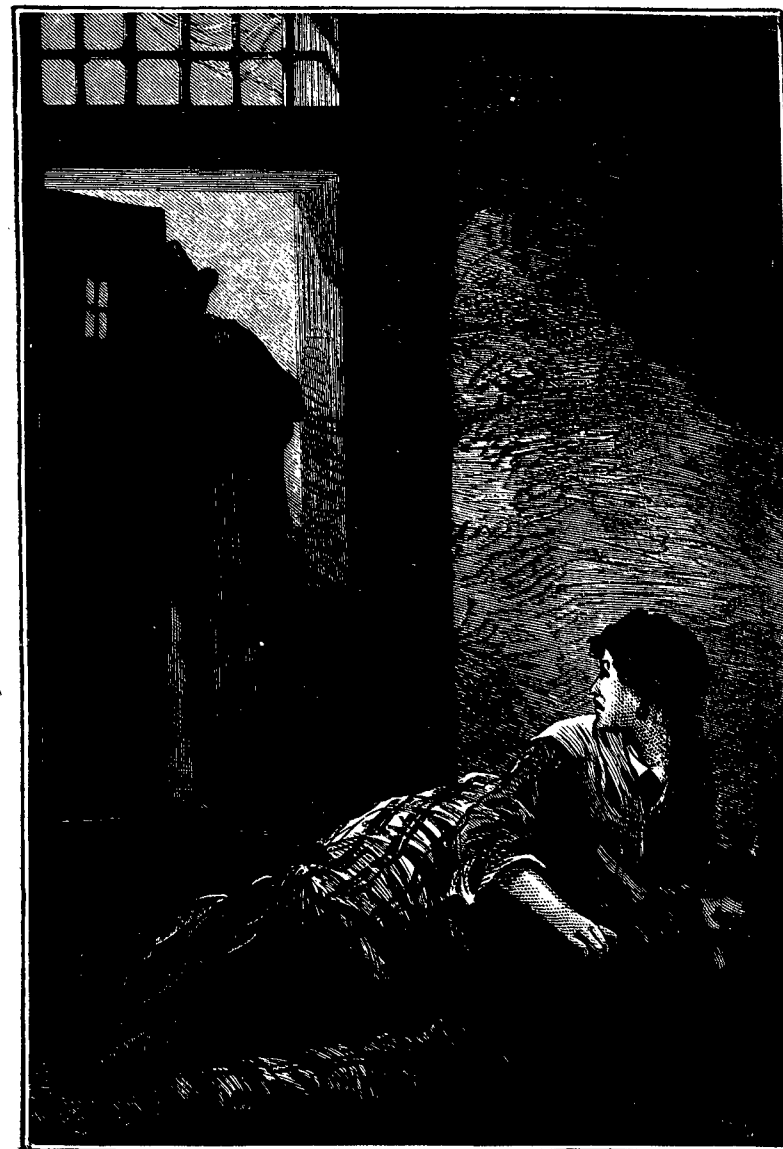
En seguida se aseguró de que no era la compasion el móvil que le guiaba.

A aquel hombre le delataba su aspecto.

Miraba á la manera de aquel que va á cometer una mala accion.

Mezclábanse en su semblante al mismo tiempo el atrevimiento y el temor.

Esta mezcla se nota con frecuencia aun en los más terribles criminales cuando llegan ciertos instantes críticos.



—¡Qué luz! Es que amanece... ¡Oh! ¡Qué veo! ¿Qué querrá ese hombre!

CAPITULO VIII.

La inquietud de quien va á obrar mal.

Si Emilia habia tardado mucho tiempo en conciliar el sueño, en cambio Roberto no durmió aquella noche por más que hizo.

Todos sus esfuerzos fueron estériles.

Durante el dia hubo algunas horas en que se olvidó de la presa, ocupado en los asuntos de la inspeccion.

Pero en cuanto llegó la noche, ya comenzaron su turbacion y sus cavilaciones.

Roberto sintió dentro de sí una emocion que desde hacia mucho tiempo no habia sentido.

Aquella emocion le dominaba á pesar suyo.

Su mente iba á parar siempre á una idea.

Esta idea era un recuerdo.

Este recuerdo era Emilia.

Algo, efectivamente, fraguaba aquel hombre.

En su imaginacion batallaba alguna idea funesta para la desdichada jóven.

¿Cuál podria ser esta idea?

Ni el mismo Roberto hubiera podido asegurárselo.

Cuando llegó la noche penetró en el despacho de su casa

de Deusto y permaneció pensativo, con la frente apoyada sobre sus dos manos.

Cualquiera que hubiese estado á su lado le hubiera oido murmurar por lo bajo:

—¡Emilia! ¡Emilia!

¿Qué pensamientos habia inspirado Emilia á aquel hombre?

¿Por qué se acordaba de ella?

¿Por qué repetia su nombre una vez y otra vez?

¿Por qué estaba pensativo?

¿Qué significaba todo aquello?

Ya conocemos la brutal pasion que á Roberto le dominaba.

Si durante algun tiempo aquella pasion hubo permanecido dormida, habia vuelto á levantarse potente en su pecho y amenazaba no abandonar á aquel hombre, á quien hacia su presa.

Hé ahí la causa de todas aquellas cavilaciones, de todas las reflexiones aquellas, de toda la turbacion del inspector de policia.

Como hemos dicho ya, en cuanto aquella noche se retiró del servicio entró en su despacho.

Otros dias acostumbraba á ver á Estrella antes de retirarse.

Otros dias se retiraba tambien más tarde.

Rara vez, hasta las diez y media ó las once, solia vérselo á Roberto entrar en su casa, pues creia necesaria su presencia en la poblacion.

Aquel dia eran las ocho y media, es decir, hacia muy poco tiempo que habia anochecido, y ya Roberto se retiraba.

Estrella aun no se habia apercebido de que su padre habia entrado en casa.

La noche prometia ser magnífica.

Las estrellas empezaban á brillar con un hermoso resplandor.

La luna levantábase en el horizonte lanzando una brillante luz sobre aquel magnífico paisaje.

Roberto no habia encendido su quinqué.

Se sentó en su sillón y apoyó los codos sobre la mesa.

La ventana de la habitacion estaba abierta, y así la dejó.

Desde el sitio en que se encontraba veia un trozo del jardín.

Figurémonos qué serie de pensamientos cruzarian por su imaginacion, qué serie de emociones agitarian su corazón durante aquel tiempo.

No se daba cuenta de cuántas horas pasaban.

Ni de qué hora seria.

Ni de ninguna otra cosa.

Trataba de resolver algo, pero no acababa de precisarlo.

Reflexionaba.

¿Tal vez las palabras de Emilia le habian impresionado?

¿Tal vez le habian hecho desistir de llevar á cabo sus torpes propósitos?

Las doce serian cuando Estrella preguntó por su padre al ama de llaves, y esta le dijo que habia entrado ya en casa hacia mucho tiempo.

Entonces la jóven corrió á su despacho y le encontró en la actitud en que ya le hemos visto.

—Pero, padre, ¿estaba Vd. en casa? Yo le creia en Bilbao. ¿Cómo así? ¿Con que hace ya tanto tiempo que ha venido usted? ¡Y yo sin saber nada! ¿Como está Vd. á oscuras?

Estrella podia percibir, sin perder un detalle, la actitud

del inspector, pues un rayo de luna que penetraba por la ventana abierta bañaba de luz aquella parte del aposento en que Roberto estaba sentado.

Este, al encontrarse sorprendido por su hija, trató de disimular la agitacion que interiormente sentia.

Pero Estrella, que era lista, como sabemos, no dudó que su padre trataba de disimular su verdadero estado de preocupacion.

Nada se le ocultó de cuánta era la turbacion de Roberto.

El inspector contestó á su hija:

—Hija mía, me alegro infinito que hayas entrado á avisarme. Debe ser ya bastante tarde, ¿no es verdad? Aquí estaba preocupado con los asuntos del servicio. ¡Qué descuidado soy! Ni siquiera he preguntado por tí, como otras veces lo hago. De todos modos, no me hubiera acostado sin despedirme. En fin, ya te digo, me alegro que me hayas sacado de mi abstraccion. ¿Qué hora es?

—Es ya media noche.

El inspector se acostó.

Por más vueltas que dió en el lecho, nada pudo conseguir.

Sus párpados permanecian abiertos y su espíritu seguia en vela.

¿Qué gran tempestad era la que dentro de él rugia?

Unas veces pensaba en dormirse.

Otras en levantarse y en ir á algun sitio.

¿A dónde seria?

Por fin, despues de mucho luchar y tras un combate de los más encontrados pensamientos, se levantó.

Haria dos ó tres horas que se habia acostado, es decir, seria de dos y media á tres de la madrugada.

Despertó al ama de llaves para que cerrara la puerta en cuanto él hubiera salido, y le dijo:

—No despierte Vd. á Estrella. Si es que nota mi salida ó si se levanta pronto y pregunta por mí, puede Vd. decirle que un asunto urgente del servicio es lo que me ha hecho salir de casa.

Aquí conviene aclarar que un inspector de policia en una capital de las provincias del Norte, y sobre todo en Bilbao, no se ve precisado, como en Madrid, por ejemplo, ó en otra capital, á acudir con frecuencia á tal ó cual servicio urgente; pues son raros los casos que exigen en aquel país la presencia del inspector.

Nada más pacífico que aquella provincia dichosa.

Años enteros se pasan, como la estadística nos demuestra bien claramente, sin que tenga lugar un hecho criminal.

He aquí por qué á Estrella podria chocarle el que su padre hubiera salido á tal hora.

En otra parte nada tiene de particular que un jefe de la vigilancia pública sea á cada paso molestado para atender á la multitud de robos y de crímenes que á cada paso se cometen. Pero en Vizcaya y algunas otras provicias de aquella costa, cuando un accidente cualquiera, por insignificante que sea, sucede, se comenta por todas partes y llama la atencion de todos.

Muchos meses hacia que el inspector no habia salido de casa á tal hora, ni habia estado tan azorado como lo estaba aquella noche.

Apenas salió Roberto de su casa, se dirigió hácia la población.

Al principio iba con paso ligero, ó más bien, precipitado.

Apenas comenzó á andar por la encrucijada de calles que conducian á la casa de la inspeccion, acertó el paso.

Cada vez fué andando más despacio.

Ya estaba muy cerca de la oficina de vigilancia cuando se paró.

Colocó el índice de su mano derecha entre los labios y meditó un momento.

Un observador que se hubiera fijado en Roberto y que hubiese pasado cerca de él, le hubiera visto entonces comovido por cierto temblor. De repente retrocedió.

Llevaba, como le hemos visto al entrar en la prision de Emilia, un largo y grueso capote de abrigo y un sombrero de fieltro.

Entre estas dos prendas dibujábase su rostro con aspecto que tenia algo de feroz; embruteciase la expresion de su semblante siempre que empezaba á agitarle la bestial pasion de que era esclavo.

Volvió á qasar por delante de su casa, y al hacerlo se detuvo unos instantes.

Tal vez pensó en retirarse de nuevo á su habitacion.

Sin duda se arrepintió de esta idea.

Siempre con aire caviloso y meditabundo, se alejó poco á poco, como por máquina, sin pensar en lo que hácia.

Paseó por la orilla del Nervion.

La luz de la luna destacaba sobre las aguas de la ria, por encima de la del muelle, la sombra de aquel cuerpo humano, que iba avanzando lentamente.

Caminaba con gravedad.

Hubiérase dicho que era una estatua en marcha.

Parecia no mover más que sus piés.

Sus brazos, cruzados.

La cabeza, inclinada sobre el pecho.

La mirada fija en el suelo.

Con el ala de su sombrero cubriendo los ojos.

Todo el que le hubiese encontrado en su camino hubiera huido de él.

Le delataba un marcado aire de malhechor.

Insensiblemente seguia andando, andando.

¿Hasta dónde iba á llegar?

De pronto se paró.

Levantó algo el rostro y fijó sus miradas en una línea blanca que veia.

Era una manzana de casas.

Sin conciencia de ello se habia alejado hasta Olaveaga.

Se encontraba ya, pues, muy distante de Bilbao.

Pareció reconcentrar sus ideas, y se convenció de cuál era el sitio hasta donde habia llegado.

Entonces echó de ver que hacia mucho tiempo que andaba en la misma actitud.

Tan absorbido iba en sus pensamientos, que indudablemente tenian mucho de sombríos.

Volvió la cabeza hácia atrás y vió una línea negra, á veces interrumpida por salientes oscuros que se levantaban hácia el espacio.

Aquello era la población.

Aplicó el oido y nada escuchó.

Solo las ondas de la ria, que bajaban levemente hácia el mar, formaban en la orilla sordos rumores, que al besar las piedras del muelle imitaban sollozos.

Todo estaba desierto.

Púsose Roberto á meditar.

Una vez se dijo:

—¿Qué es lo que por mí pasa? ¿En qué estaba yo pensando? ¿A dónde voy? ¿De dónde vengo? ¿Qué hora es? ¿Qué es esto? Siento arder mi frente; hierve en mi pecho un volcan. ¡Qué ánsia! ¡Yo me ahogo!

Permaneció durante algun tiempo silencioso y en actitud aun más reconcentrada que durante toda la noche. Por fin dijo:

—¡Ah! ¡Siempre la misma idea! ¿Y qué hacer? Pero ¡necio de mí! y ¿soy yo quien pregunto qué hacer?

Pues qué, ¿no sé lo que he de hacer? Esa mujer será mia. Se ha de realizar mi propósito. ¿He de retroceder ante unos cuantos lloriqueos, ante cuatro lágrimas y cuatro suspiros, que es muy posible que ni aun verdaderos sean?

¿Pero por qué digo que es muy posible que no sean verdaderos? Seguro estoy de que tantos espavientos, tantas exclamaciones son hipocresías.

Por fortuna estoy ya curado de espanto. Sí, ¡pues á buena parte viene! ¿Engañarme á mí? ¡No, eso sí que no ha de lograrlo!

Qué, ¿habria sido inútil el trato que uno lleva desde hace tanto tiempo con toda esta gente? Algun provecho habia de sacarse de la experiencia. No, lo que es por mí, ya puede gritar y alborotar, y pedir compasion, y tratar de inspirarme lástima, y levantar las manos al cielo, que ya no

me hacen efecto semejantes cosas; ¡vaya! ¡pues buen tonto seria!

Sonrió entonces con aire de triunfo; entreabrióse su boca, y al desplegar sus labios mostraron una expresion que revelaba un pensamiento atrevido.

Irguió la frente y respiró con fuerza, cómo debe respirar el hombre que acaba de realizar una gran empresa, y murmuró dirigiéndose hácia la poblacion, aunque sin precipitacion alguna.

—Aquí la cuestion es decidirse, dar el primer paso; en dándole, ¡adelante! lo demás nada importa, absolutamente nada. ¡Vive Dios! que desde hace mucho tiempo me desconozco; ya no soy el que era.

Sí, marchemos, es ya tiempo oportuno. Antes de una hora amanecerá; no cabe duda, es preciso ir á su calabozo antes de que amanezca. La he de hacer ver que á mí no me hacen efecto esos engaños pueriles; aligeremos el paso.

Y despues de haber murmurado así, Roberto caminó algo más de prisa hácia Bilbao por la orilla de la ria. El eco de sus pasos era el único rumor que turbaba aquella soledad.

De pronto Roberto pensó en que dentro de todas aquellas casas que estaba viendo delante de sus ojos habia multitud de seres que dormian tranquilos, sin remordimientos ni temores, y aquello le dió envidia; pensó en qué gran felicidad es tener una conciencia tranquila. Entonces los párpados se cierran pronto y el espíritu se adormece sin trabajo; á él no le sucedia eso.

¡Pobre Roberto! Llevaba un infierno en su corazon.

Desencadenábanse todos los más grandes horrores de una pasion violenta en el interior de su pecho.

Respiraba anhelante, y su aliento parecía fuego.
 Sus ojos revelaban un fulgor extraño.
 Cualquiera hubiera dicho que despedían lumbre.
 Parecía ir huyendo de algo que no le alcanzaría nunca, ó
 ir caminando hácia un sitio al que jamás había de llegar.
 Había mucho de desesperación en su actitud.
 ¿Y por qué? ¿Adónde iba?
 ¿Qué proyectos llevaba? ¿Cómo pensaba realizar su idea?
 Ni él mismo se había aun explicado todas estas cosas. Solo
 sabía que marchaba empujado por una fatalidad, y que igno-
 raba por qué dificultades tenía que atravesar al proseguir
 aquel camino que veía extenderse bajo sus pies y por donde
 su destino le impelia.

Todo el que le hubiese visto entrar en Bilbao á aquellas
 horas y del modo que él entró, hubiera asegurado que aquel
 hombre era un fantasma, una visión de un sueño.

De vez en cuando alzaba la vista y miraba al cielo por
 ver cuándo la aurora aparecía; por ver si divisaba alguna
 claridad del día, que no tardaría mucho en llegar.

Cuando miraba al cielo crecía su afán; ¡quién sabe si sería
 porque la luz del alba le estorbaría para la realización de sus
 planes, ó porque le era desesperador contemplar la tranqui-
 lidad y la calma de la naturaleza cuando su corazón estaba
 agitado, cuando era tan ruda la tormenta que en su interior
 estallaba!

La expresión de angustia de su semblante era profunda;
 cualquiera que hubiera podido verle lo hubiera notado á pri-
 mera vista.

Había en esta escena más fatalidad que pasión, más temor
 que esperanza. Había también mucho de llanto.

Por fin, atravesando unas calles y otras llegó á la ins-
 pección.

Empujó la puerta con fuerza, y entrando en el portal subió
 unas pequeñas escalerillas que había á la mano izquierda.

Aquella escalerilla, que conducía á una puerta bastante es-
 trecha, daba paso á una habitación pequeña, donde un celador
 de la policía, que quedaba todas las noches de guardia,
 estaba medio dormido, con los ojos casi cerrados.

Sin embargo, al ruido que hizo la puerta al abrirse se des-
 pertó un poco, y al ver penetrar por la puerta al inspector
 chocóle en extremo la presencia de este y se levantó azo-
 rado.

—¿Ocurre algo, señor inspector? preguntó el policía.

—¿Dónde está la llave del calabozo número 2? pregun-
 tó el inspector imperiosamente y sin dignarse contestar á
 la pregunta que su subalterno al verle entrar le había diri-
 gido.

—¿La llave del número 2? ¿El número 2? Espere us-
 ted, debe estar por aquí. ¡Ah! ¡justo! ¿Dónde se encerró á
 esa joven á quien se detuvo esta mañana á la entrada de la
 villa? murmuró el celador pasando revista á un manojo de
 llaves que había dentro de uno de los cajones de la mesa.

—Precisamente; contestó el inspector con alguna impa-
 ciencia.

—Aquí la tiene Vd., señor inspector, dijo el subalterno,
 presentando á Roberto la llave con un aire verdaderamente
 servicial, con lo cual quería sin duda borrar la mala impre-
 sión que en el inspector había producido el encontrarle me-
 dio dormido cuando entró allí de repente.

Roberto, sin murmurar una palabra más, cogió la llave que

le presentó el celador, y dirigiéndose hacia la puerta de la habitacion se preparaba á atravesarla, pero precisamente en el instante de ir á desaparecer por el dintel de esta se quedó parado.

¿Qué podría haberle ocurrido? Reflexionó algunos segundos, y despues, voiviéndose hacia el policia, dijo secamente:

—¿Hasta qué hora le toca á Vd. estar de servicio esta noche?

El policia, asombrado al reparar en la expresion de Roberto que algo de extraño ocurría, contestó:

—Hasta las ocho de la mañana.

—Pues entonces puede Vd. irse ahora mismo, que hasta las ocho que venga el compañero á relevarle á Vd. yo haré sus veces; pues tengo aquí que hacer esta noche, y como el que hacer durará bastante y quiero permanecer solo, aquí me encontrará cuando venga aquel á quien le toque relevarle á Vd.

El celador cogió su sombrero y salió de la inspeccion, no sin cierto asombro.

Notando Roberto la impresion de extrañeza que causarían en su subalterno las palabras que habia pronunciado, le dijo al salir:

—Procure Vd. guardar silencio, que se trata de un asunto reservado del servicio.

Cuando el celador hubo salido, Roberto se acercó á la puerta de entrada y echó el pasador, con lo cual esta no podia abrirse desde fuera.

CAPITULO IX.

Fortuna fué para Emilia que se oyeran sus gritos.

Despues volvió á subir á la habitacion donde antes el celador estaba, y tomó de encima de la mesa la lámpara que alumbraba la estancia.

Procurando hacer el menor ruido posible con sus pisadas, salió despacio de allí.

Bajó la escalerilla, se dirigió por un pasillo estrecho y oscuro que conducía á los calabozos, y por fin llegó á estos.

Habia calabozos á derecha é izquierda. Los de la izquierda recibían de dia la luz por un patio.

Los de la derecha por una callejuela con la que la inspeccion formaba esquina.

A pesar de que Roberto conocía perfectamente cuáles eran los calabozos de su inspeccion, acercó la lámpara á la puerta del segundo de estos calabozos, y la luz presentó á su vista el número 2.

Le miró como si aun no acabara de reconocer qué cifra era aquella.

Pareció dudar de lo que estaba viendo.

¿Y por qué? ¿Qué emocion era aquella que de tal modo le turbaba los sentidos?

Permaneció algun tiempo parado junto á la puerta, con un extremo de la llave apoyado en la barbilla, como si se tratara de un asunto grave

Continuó así algun tiempo en el mismo sitio, pero intranquilo; eso no hay para qué decirlo.

Aplicó el oído á la puerta y sintió distintamente la respiración de la mujer que dormía, y al mismo tiempo otra respiración más tierna, más sosegada: la del niño que Emilia tenía entre sus brazos.

Entonces por la frente de Roberto cruzó una nube oscura, y se nubló su vista más de lo que hasta entonces lo habia estado.

Sobre el rostro de aquel hombre parecían haber pasado diez años.

No era el mismo que pocos dias antes.

No; no era aquel tierno padre que procuraba demostrar siempre á Estrella una sorpresa sobre sus lábios.

Una vez murmuró:

—¿Entraré? Está profundamente dormida; no hay para qué dudar que no despertará por mucho ruido que haga al abrir. Ha viajado ayer noche, y durante el dia de hoy se habrá fatigado de pensar y de sufrir. ¿Y qué hago yo ahora?

Y despues de haber permanecido algun tiempo en la misma posicion, se puso á pasear preocupado por el pasillo, dejando en el suelo la lámpara encendida.

¡Qué ánsia devoraba su pecho!

¡Qué de ideas encontradas, todas ellas sombrías, cruzaban por su mente!

Tan pronto parecia tomar una resolución definitiva, brillaban sus ojos, animados por una nueva luz, y erguia la

frente, como se abandonaba al más profundo desaliento y se amortiguaba aquel pasajero rayo de vida.

Así pasó largo rato.

Cada vez estaba más inquieto.

De pronto, por las rendijas del portalon que daba entrada á las oficinas percibió la luz del dia que clareaba.

Aquello le exaltó la mente.

¿Cómo? ¿Toda la noche habia pasado ya?

¡Qué noche más terrible!

¿Era cierto que la aurora habia ya brillado?

Sí, sí; era verdad...

Se restregó los ojos por si acaso era una ilusión óptica aquella claridad que habia visto, y no era ilusión.

Aquella era la luz del dia, en efecto.

Cerró los ojos; volvió á abrirlos otra vez, y á despecho suyo conoció que era ya de dia claro.

Reparó entonces que la lámpara iba apagándose rápidamente, y dándola aire con su mano acabó de matar la llama.

En aquel momento fué cuando notó ya que el dia avanzaba ligero. Ya en el pasillo se veía perfectamente solo con la luz natural que penetraba por las rendijas del portal y por los enrejados de algunos calabozos, cuyas ventanas sin duda permanecían abiertas.

Entonces su fatiga fué doble que durante la noche.

Los párpados se le cerraban pesadamente.

Una languidez profunda, que siempre lleva consigo el amanecer de una noche intranquila, se mezclaba con toda la agitación del inspector.

Por último, haciendo un esfuerzo, como aquel que trata

de vencerse á sí mismo, avanzó rápido hácia el calabozo número 2, introdujo la llave y abrió la puerta.

Entonces fué cuando Emilia le vió entrar.

Ya dimos cuenta de esta escena dos capítulos antes.

Después de las primeras exclamaciones de sorpresa de Emilia, medió entre ambos este diálogo:

—¿Me ha sentido Vd. abrir, eh?

—¡Oh! ¿Y por qué es esa pregunta? ¿Qué va Vd. á hacerme? ¿A qué viene Vd. aquí? ¿Qué intenciones trae?

—¡Ah! Calle Vd., vengo á salvarla.

—¿A salvarme? No lo espero. No le creo á Vd. capaz de llevar á cabo una accion tan generosa... Y se me figura que le hago justicia.

—Es Vd. muy dura al juzgarme.

—No puede Vd. quejarse de dureza. Es imposible que haya un corazon más duro que el que ha oido indiferente mis súplicas de esta mañana, y pudiendo sin ningun trabajo y sin compromiso ninguno librarme de esta afrenta, no lo ha hecho. ¿Y quiere Vd. venir á decirme que va á salvarme? ¡Vamss á ver qué clase de salvacion es esa! ¡Sepamos! ¿Quizás se ha arrepentido Vd. del modo de tratarme que ha tenido?

—Es Vd. injusta para conmigo. ¿No la acabo de decir que vengo á salvarla? Nunca lo hubiera creido. ¡Venir á hacer un favor á una persona y ser recibido de la manera que usted me recibe á mí!

—Pues dígame Vd. á qué viene á estas horas. ¿Cómo me va Vd. á salvar? Vamos, hable Vd. Ya vuelvo á tener esperanzas. Sin duda Vd. ha reflexionado á solas sobre la gran sentencia que echa sobre mí con solo detenerme en este en-

cierro. Sí, ya voy creyendo en su bondad de Vd. Ya le he dicho que pagaré á D. Adrian. Y ¡cómo le quedaré á usted agradecida! ¡Como ninguna otra en mi caso, por el gran favor que me hace! ¡Oh! Viene Vd. á ponerme en libertad; Dios le bendiga. Aun es tiempo. Nadie sabrá que yo he estado en la cárcel; pues yo espero que ya que Vd. es tan bueno, á sus subalternos les ordenará que no digan una palabra, pues por lo general esos hombres suelen decir cuando ven á una desdichada doblar una esquina:

—«Aquella ha estado en la cárcel. ¡Buena pieza está! Es una pájara de cuenta.»

¿No es verdad que de mí no dirán eso? ¡Oh! todo lo comprendo. Dios le ha tocado á Vd. en el corazon esta noche.

—Tenga Vd. la bondad de callar, señora. No adelante Vd. las cosas. Yo soy el que debo hablar, puesto que soy el que vengo á verla á Vd.

—Vamos, hable Vd., estoy intranquila. Estoy ansiosa. Mire Vd. qué niño tan hermoso. Compadézcase Vd. de él. Haga Vd. por él todo el bien que pueda.

—Pues bien, señora, vengo á decir á Vd. que el ponerla en libertad no es una cosa fácil y sencilla. Yo incurro en una responsabilidad muy grande. Téngalo Vd. así entendido. Pero á pesar de todo, estoy dispuesto á incurrir en esa responsabilidad y á decirle:

Salga Vd. de aquí con la cabeza erguida. Nadie sabrá una palabra. Esta corta detencion no será motivo para que usted sufra perjuicio ninguno. Esa deuda que Vd. tiene contraída con D. Adrian el de Castro, yo mismo se la pagaré de mi bolsillo. No necesita Vd. desprenderse de nada para cubrir esa obligacion; Vd. será libre como el aire. Encontrará us-

ted trabajo, y si no lo hallara, yo haria por proporcionárselo, que algo podria hacer sobre eso tambien. Así es que ha sido Vd. injusta en lanzarme al rostro toda esa série de palabras que me ha lanzado. ¡Si precisamente á todo el mundo le chocan mis buenos sentimientos! Oirá Vd. ponderarlos por todas partes.

—¡Oh! bendito sea Vd.; yo no le olvidaré en mi vida. Es el favor más grande que Vd. puede hacerme. Pero ¡cá! yo no soy digna de tanta dicha. Vd. no pagará esa deuda, porque Vd. no tiene obligacion de pagarla, y nada tiene que ver conmigo, absolutamente nada. Yo soy para Vd. una desconocida cualquiera que ha llegado á Bilbao hace unas cuantas horas; por lo tanto, bastante hace Vd con dejarme en libertad.

Yo le besaré á Vd. las manos, los piés si Vd. quiere. Me arrodillaré delante, seré su esclava. Haré cualquier cosa por usted. No olvidaré jamás esta accion. Porque yo soy agradecida y recuerdo siempre los beneficios que me hacen.

—¡Calle Vd., señora! exclamó el inspector algo turbado, y volvió á Emilia la espalda. Era para contener, no la emocion que debia haberse apoderado de él, sino la ira de verse, cuando menos lo pensaba, contrariado en sus propósitos.

Así es que meneó la cabeza con aire de hombre á quien no le gusta el giro que una conversacion lleva, y exclamó bruscamente:

—He de ser franco, señora; yo, por este gran beneficio que la presto á Vd., debo exigirla una cosa.

—¿Cuál? hable Vd. Mande Vd. cuanto quiera. Ya estoy esperando las palabras que salgan de esos labios para obedecerlas inmediatamente.

Roberto miró á Emilia con cierta prevencion, y con una frialdad marcada clavó en ella sus ojos, como inquiriendo en el semblante de la jóven la idea que la dominaba al pronunciar aquellas palabras.

Trató de adivinar si Emilia le habia comprendido.

Pero aquella actitud suplicante, y al mismo tiempo digna, de la desdichada mujer, que no podia estar más hermosa ni interesante, embellecida hasta por el mismo dolor, hasta por la angustia, no sacaba al inspector de sus dudas.

Este, sin añadir una palabra, se dirigió entonces hácia la puerta, quitó la llave de la parte exterior, la introdujo por la parte que daba al interior del calabozo y cerró con una rapidez increíble, quedándose dentro.

Entonces Emilia, que comprendió en todo su horror cuál era la idea que al inspector le dominaba, dió un grito terrible, un grito de espanto, que al escucharlo no pudo menos Roberto de volver la cabeza, mostrando en su rostro cierta profunda palidez.

—¿Qué es lo que Vd. hace? gritó Emilia como tratando de sondear más la idea que á aquel hombre le inducia á cerrar la puerta de aquel modo.

Entonces Roberto avanzó impasible hácia ella, y con voz alterada y ardiente murmuró estas frases con acento entrecortado:

—Emilia... en la inspeccion no hay nadie... Es en vano que Vd. grite... Estamos solos... Nadie nos oye.

—¿Y qué es lo que Vd. intenta? gritó con más agitacion la presa, cuyo aire dolorido llegó hasta la sublimidad.

—Pedir á Vd. un favor que trato de obtener en recompensa de la libertad que dentro de poco tiempo voy á darla.

—¡Un favor! ¿Y cuál es? preguntó Emilia con aire propio de quien vislumbra, por fin, una intencion que al principio no comprendia.

Entonces le miró ya al inspector con cierta repugnancia, y trataba de separarse de él todo lo que podia.

Cierto miedo le infundia la mirada de semejante hombre.

—¡Un favor! volvió á repetir.

—¿Y qué favor es ese que Vd. pretende que yo le haga? ¿Pues qué, estoy yo en disposicion de hacer favor alguno? Pero, en fin, hable Vd., nos enteraremos. ¡Sepamos qué favor es el que Vd. quiere obtener de mí! contestó la presa, y como no acabando de creer que aquella intencion que vislumbró fuese la que verdaderamente se abrigaba en Roberto.

Roberto avanzó hácia ella con una expresion la más propia para confirmar la idea amarga que Emilia se habia formado en aquel momento.

—¿Y eso me pregunta Vd.? exclamó Roberto al mismo tiempo con despecho, porque se le figuraba que Emilia debia haber comprendido ya su deseo, y con temor, porque dudaba del éxito de la realizacion de este. Así es que se acercó á ella con los ojos ardientes, las manos temblorosas, los labios moviéndose bruscamente, como le sucede siempre al hombre en algunas circunstancias terribles y críticas, sobre todo cuando á la duda se une el temor.

Emilia entonces creyó ya estar segura de que comprendia el paso dado por Roberto aquella mañana.

Reconcentró sus fuerzas, tomó una actitud de dignidad y exclamó con vigor:

—¡Le comprendo á Vd.... le comprendo...! No continúe,

pues; no estoy dispuesta á concederle el favor que Vd. me exige; con que disponga Vd. de mi en todo cuanto no sea eso, y le advierto que no se canse en vano, pues primero seguiria aquí, no meses, sino años; no años, sino siglos enteros, que mancillar mi honra. Tenga Vd., pues, la bondad de retirarse, que no logrará nada, vuelvo á repetirlo. No se canse Vd. en vano.

Roberto sintió como una herida allá en el fondo de su pecho; sin embargo, alegróse de que la situacion se hiciese franca.

Una vez ya en aquel terreno, habia pasado la primera impresion, que en estos casos es siempre la más desagradable.

Estaba lleno de seguridades con respecto al buen éxito de su empresa.

Comprendió la situacion ventajosa en que se encontraba y las excelentes circunstancias que en aquella escena concurrían.

Roberto avanzó más y más hácia la presa y hasta intentó llegar á asegurarla una mano.

Emilia le rechazó bruscamente y se refugió en uno de los ángulos de la estancia, gritando:

—¡Déjeme Vd., villano! ¡Yo soy honrada! ¡Socorro! ¡Y no habrá nadie que me oiga!

—No, nadie, absolutamente nadie; exclamó Roberto sonriendo...

Estamos solos, ya se lo he dicho á Vd., completamente solos. Aquí soy yo el dueño. Vano es gritar dentro de estos muros, porque ningun rumor que tras ellos se produzca llega á oirse fuera. Con que déjese Vd de tonterías; nada de

afanarse; nada de resistirse; todo es tiempo perdido. Está Vd. bajo mi poder; Vd. no es nadie ahora, yo soy todo, y ninguno puede pedirme cuentas de cuanto con Vd. yo hiciera.

Pero, por Dios, déjeme Vd. ¡Si yo le odio! ¡Si yo le aborrezco! Vd. quiere volverme loca. ¡Esto más! ¡Socorro! ¡Oh afliccion! ¡Pobre hijo mio!

Entonces en los labios de Roberto se dibujó una sonrisa sarcástica, y por fin el inspector murmuró entre dientes:

—¡Qué lástima que tanto esfuerzo sea estéril! ¡Qué lástima también el tiempo que va pasando! Considere Vd. la situación en que se halla. Piense Vd. en su posición. Dos caminos hay delante de Vd.; el uno, el camino de la salvación; sígale Vd. y mañana estará libre, y tendrá todo cuanto quiera, y además mi protección, y nadie sabrá nada; el otro camino es un camino sombrío, la prisión eterna: porque yo, ha de saberlo Vd., puedo pesar sobre un delincuente hasta saciarme por completo en mi venganza. Cuando quiere vengarse de algo, nunca le falta un recurso á un inspector de policía que tiene práctica para hacer un arma de la ley y satisfacer sus caprichos. Por su bien le digo todo esto; porque Vd. me ha inspirado algun interés, y jamás por ninguna otra persona lo hubiera hecho; bien sabe Dios que no... ¡Emilia! ¡Que el tiempo pasa! ¡Que estamos solos! ¡Que no hay nadie en la inspección! No perdamos el tiempo; ningun mal puede venirle á Vd. de esto.

Y al hablar así el inspector trató de hacer un esfuerzo para asegurar á su víctima, pero está se resistió vigorosamente y luchó con fruto, pues sus antes escasas fuerzas se habían triplicado.

La pobre Emilia siguió dando gritos y apretando contra su seno al hijo de sus entrañas.

—Déjeme Vd. ¿Nadie me oirá? ¡Dios mio! ¡Socorro! ¡Socorro!

Y los gritos de la desconsolada mujer rebotaban de pared en pared de la prisión.

Era la única defensa de que la joven podía valerse para conseguir algo.

Tal vez aquellas exclamaciones llegasen á oídos de alguno que, enterado y compadecido de aquellos gritos, tratara de averiguar lo que allí dentro sucedía; sin embargo, no tenía mucha esperanza; veía muy oscuro el porvenir que se presentaba ante sus ojos.

Había en aquella escena mucho de desesperación, y tal vez por esto sus exclamaciones eran más agudas y más desgarradoras.

Aquella escena, de la que Roberto, á pesar de las contrariedades con que se hallaba aun esperaba mucho, á pesar de la decisión de Emilia, semejante y desigual lucha no tuvo el fin que ni el uno esperaba, ni la otra temía.

De repente, una de las vidrieras que había en el enrejado, algo altas, frente á la puerta de la prisión, dando luz á esta, se abrió con estrépito.

Roberto sintió una impresión de extrañeza, pero Emilia ni aun había echado de ver semejante cosa.

Por fin una voz varonil, fresca y joven, gritó desde el enrejado:

—¡Ah! infame, ¿qué es lo que Vd. hace? Si no me equivoco es Vd. el inspector mismo. Tenga Vd. la bondad de salir inmediatamente de esa estancia, y si no...

—¡Oh! ¿Cómo está Vd. ahí? ¿Quién es Vd.? ¿Qué es lo que hace? ¿Por dónde ha subido? exclamó el inspector fuera de sí, aunque con cierta cobardía, porque siempre se siente cobarde el sorprendido: ¿quién es Vd. para mandarme salir de aquí? añadió Roberto temblando de cólera.

—Le he dicho á Vd. que salga de esa habitacion inmediatamente.

Al hacer esta exclamacion enseñó la boca de un revólver.

Emilia se lanzó en medio de la habitacion con objeto de enterarse de quién era el que la habia librado de tan duro trance.

Una vez al verse ya salvada, prorumpió en exclamaciones por este estilo:

—¡Bendito mil veces sea Vd., á quien debo mi honra! Este mónstruo queria arrebatármela. ¡Por Dios! Ni aun respetaba á esta criatura inocente que tenia en mis brazos; ¡ni eso siquiera le movia á compasion! Ya ha visto Vd. mi posicion. Yo aquí no estoy presa sino por un capricho del señor inspector. Me ha preso por una deuda, á pesar de que le manifesté que estaba dispuesta á pagarla en el acto. ¡Soy muy desgraciada! ¿No es verdad que la ley no puede ser tan cruel? Compadézcase Vd. de mí. ¡Qué gran favor me ha hecho! ¡Cuánto le debo por esta accion generosa! ¡Bendito mil veces sea Vd.!

Aquí llegaba de sus exclamaciones la jóven, cuando el inspector gritó en el colmo de su cólera:

—Haga Vd. el favor de callar; aquí no es Vd. nadie; yo hago lo que conviene al buen servicio; con que así, chiton; no hable Vd. más por ahora; no hable Vd., señora... ¡Silencio!

—Dígame Vd. todo cuanto pasa, insistió el que habia

aparecido junto al enrejado, y que no era otro que un jóven de unos veinte á veintiun años.

—Continúe Vd., señora; haga Vd. el favor de seguir hablando. Y en cuanto á ese infame, ya lo compondremos, no tenga Vd. cuidado. Yo le haré ver cuánto debe respetarse la honra de una mujer, y sobre todo de una mujer desgraciada; es sagrada esa prenda, doblemente sagrada, sí, cuando la miseria y la fatalidad la rodean. Y si acaso llega á moverse ó intenta hacer á Vd. algo, verá Vd. qué partido tomo.

Y al decir esto, el jóven volvió á dirigir con mejor puntería la boca de su revólver hácia Roberto.

Este rugió y dirigió alternativamente sus miradas al jóven y á la presa.

Sus dientes rechinaban convulsos; una contraccion horrible se habia apoderado de su rostro.

Presentaba un aspecto verdaderamente espantoso.

Tenia algo del tigre herido y del leon en cólera.

—No tenga Vd. cuidado, que no se moverá de su sitio; yo le respondo de eso. Dígame Vd., dígame Vd. cuanto la ocurre, que yo en este asunto voy á tomar parte activa.

Y una mirada llena de compasion y de interés, en la que tal vez algun otro sentimiento iba tambien mezclado, lanzó el aparecido hácia Emilia, cuyos ojos brillaban ya de la manera que deben brillar los de aquel viajero que mira con angustia una noche triste y lóbrega que amenaza ser eterna y ve de repente nacer una resplandeciente aurora ante sus ojos.

Había vuelto á su pecho la tranquilidad, el consuelo, la calma perdida desde hacia algun tiempo.

La idea de que ya habia una persona que la prometia to-

marse por ella interés, llenábala de dicha en medio de tanta desdicha

Entonces le olvidó todo, puso desde luego su esperanza en el que así se había expresado, y no dudó de que aquellas palabras fueron sinceras. Tan franca, noble y espontáneamente habían sido pronunciadas.

Así es que durante un instante se olvidó la presa del inspector, de la cárcel, de D. Adrian, de sus deudas, de las horribles visiones que habían llenado de sombras su imaginación la noche anterior y aquellos espectros lúgubres que la habían aterrorizado con su terrible presencia, pues hacia ya mucho, mucho, que la amargaba la pena de encontrarse en el mundo sola y desvalida.

Por otra parte, el tono decidido en que habló el joven, la firme resolución que hacia de llevar á término aquel asunto, como sus palabras lo demostraban, todo esto le alentó y creyó ya casi segura una solución pronta y favorable.

Porque á ella, que creía necesitar una grande ayuda, tal vez no la hacia falta sino una gran voluntad.

Ningun delito grande pesaba sobre ella; por lo tanto, la pena á que habia sido condenada, visiblemente era injusta, por más que el inspector tratara de embozar la cuestión y disfrazarla y exagerarla á los ojos de Emilia.

Se explicó tambien en aquel instante cuál habia sido la causa de todas las cavilaciones de Roberto desde que la dirigió la primera palabra y de todos aquellos misterios que no habia comprendido en un principio.

Se adelantó hácia el enrejado, y fijando en su interlocutor una mirada llena de pasión, empezó á hablar así, vertiendo lágrimas de agradecimiento y sollozando con pena:

—Mire Vd., yo estoy aquí desde hace veinticuatro horas injustamente. Ese hombre se ha empeñado en que venga á una prision, y ahora comprendo, sí, ahora comprendo bien por qué era su empeño; ¡por lo que Vd. ha visto! Esto estaba premeditado. El delito mio se reduce á haber dejado una deuda en Castro-Urdiales; desde luego manifesté yo, en cuanto el señor inspector me declaró que estaba presa, que me hallaba dispuesta á pagar la deuda; que venderia las ropas de mi niño nuevas que me habia regalado la alcaldesa de Somorrostro á mi paso por allí; que exprimiria mi bolsillo, que pagaria doble si fuese necesario.

Por supuesto que hubiera cumplido fielmente todas mis promesas; pues bien, el señor inspector no quiso atender mis palabras; se empeñó en traerme á este calabozo; esta era su única idea.

En fin, ya lo ha conseguido. Yá estará contento.

Yo por mí no me apenaba al venir á este sitio sino por este hijo mio. Ya le vé Vd., qué hermoso, ¡es un ángel! Perdone Vd. que me distraiga, nada tiene de particular; soy su madre, soy desgraciada, y él es mi consuelo. El es el rayo de gloria que alumbra mi porvenir. Caballero, sea Vd. quien sea, yo no le conozco, pero compadézcase Vd. de mí. Mire Vd. que creo que será cosa fácil que yo salga de este sitio.

Haga Vd. el favor de manifestar á quien pueda hacer por mí algo, cuál ha sido el fin con que se me ha traído aquí. Vd. lo ha visto. Se me ha traído para deshonrarme, y yo moriria, no una vez, sino mil veces, antes que sufrir semejante afrenta. Mire Vd. que estoy sola en el mundo; que no tengo á nadie que mire por mí, ni que me ayude; que yo quiero trabajar, que trabajaré en cuanto salga de aquí, y

por eso he abandonado mi pueblo y he venido á Bilbao. Mi pueblo es Castro-Urdiales, y era muy injusto conmigo. Ha esperado que yo fuera desdichada para odiarme. Ya estoy convencida de que la desgracia es lo que más se persigue en este mundo. ¡Oh! ¡Si Vd. supiera lo que yo he sufrido en esta vida!

En vez de inspirar interés, inspiro desden. Nadie quiere arrimarse á sostener un árbol que se cae, aunque este sea bien débil, pues temen un golpe, ó cuando menos un rasguño de sus ramas. Eso es bien poca cosa; sin embargo, apenas hay corazones generosos que se dispongan á sufrirlo; y yo le ruego que de poder hacer algo, lo haga pronto, lo más pronto que pueda, pues si continúo aquí algun tiempo más, ese hombre no perdonará medio alguno para lograr su intento.

La expresión de Roberto se hacia más terrible cada vez á medida que las palabras de Emilia iban saliendo de sus labios.

No sabia qué hacer en aquellos momentos críticos.

Por una parte sentia arrebatos de arrojarle sobre Emilia y ahogar el acento en su garganta; por otra parte tenia intenciones de lanzarse hácia la reja y despedazar al aparecido.

Pero esto no podia ser; la reja desde el calabozo era inaccesible.

Casi al mismo tiempo le cruzaba la idea de salir de allí para avalanzarse sobre su enemigo.

En medio de todas estas irresoluciones, quedó perplejo, parado y mudo, como si fuera una estatua, en el centro de la habitacion.

Además, Roberto tenia ese valor que se llama personal,

que consiste en ver solo el peligro, sin miedo, cerca y frente á frente; y aquel revólver, cuya boca se dirigia hácia él, le detenia aunque no le asustaba.

Irse en aquella ocasion le hubiera parecido una verdadera cobardía al inspector.

Se cruzó de brazos para poder resistir la borrasca que rugia en torno suyo.

Se sonreia, como si quisiese trocar su despecho en burla, ó como si quisiese decir esto: ¡Infelices! Yo soy aquí el dueño. De nada servirán las quejas de la una, ni el interés del otro. Yo haré cuanto quiera. Aquí soy yo el primero. ¡Concebid ilusiones vanas! Sois demasiado pequeños para un enemigo tan grande.

El jóven desconocido dió muestras de haber comprendido en toda su expresión la actitud de Roberto.

Habia adivinado la idea que en aquel momento estaba llevando su mente, y dijo:

—Pero no es este modo de discutir.

—Eso es lo que estoy pensando.

—Si el señor inspector no estuviera separado de mí por este enrejado, otra hubiera sido mi resolucion. De todos modos, creo que estamos á tiempo. Señor inspector, vamos á ver: ¿tiene Vd. inconveniente en que nos veamos los dos las caras á solas y sin testigos? Entonces es cuando nos diremos lo que tengamos que decirnos, sin callar nada.

—¿Yo inconveniente? murmuró el inspector sonriendo de una manera amarga y confiada.

—¿Yo inconveniente? Veo que es Vd. muy jóven. Nos veremos, sí, nos veremos, aunque le digo á Vd. que con harto sentimiento mio.

—Lo comprendo; es natural que tenga miedo delante de un hombre el que se hace el valiente delante de una mujer. ¡Vaya una hazaña! Luchar á brazo partido con esta débil mujer; ¡vive Dios que tiene gracia! Y aun aseguran que no hay hombres cobardes; sí, Vd. lo es; porque el acto que acaba de realizar no es más que una cobardía.

Roberto estallaba de cólera al oír aquellas palabras, y murmuró balbuceando:

—¿Me promete Vd. esperarme en ese sitio? ¡Voy á buscarle en seguida!

—¿Con que si se lo prometo? murmuró el desconocido. En ese sitio no; dentro de dos segundos me tendrá Vd. á la puerta misma de la inspeccion. Con que si tiene sangre en las venas, acuda Vd. y nos véremos; y le advierto que de nada le servirá que trate de valerse en mi ausencia de este enrejado para llevar á cabo sus vergonzosos planes, pues si en cuanto llegue á la puerta de la inspeccion no está Vd. esperándome ya, en ese caso volveré inmediatamente á esta reja y no dudaré un instante en hacerle á Vd. fuego; con que hablemos claro.

—A la puerta de la inspeccion; dijo Roberto en alta voz.

Efectivamente, un momento despues se encontraban cara á cara Roberto y el desconocido, que no era otro que Alfonso, el jóven compañero de Julio y de Heliodoro, á quien ya hemos visto antes de ahora.

CAPITULO X.

La regadora de albahacas.

Un cuarto de hora despues de aquella entrevista, Alfonso y Roberto se despedían en el campo Volantin.

Ya estaba acordado entre ellos un desafio.

El lance debia tener lugar en el camino de Olaveaga, al amanecer del dia siguiente.

Roberto se alejó del jóven con un aire de extrañeza y al mismo tiempo de compasion.

El jóven volvió la cabeza dos ó tres veces hácia su enemigo y le miró cada vez con más repugnancia.

Alfonso fué á dar parte de todo cuanto ocurría á sus amigos Julio y Heliodoro.

Aun se hallaban los tres compañeros en Bilbao, como se ve, y ya nos explicaremos más adelante esta detencion.

Roberto se sentía por una parte tranquilo, pues ningun miedo le causaba la decision que parecia mostrar aquel jóven; sentía además cierto disgusto por haber visto frustrado su intento, y acusábase de débil por no haber tomado una actitud más enérgica, valiéndose de sus atribuciones con el jóven provocador, que le habia hecho desistir de su empeño.

Lo que á él le habia ofendido sobre todo, era el haber si-

do llamado cocarde, el haber sido llamado indigno, el haber sido apostrofado de la manera que lo fué aquella mañana.

Jamás le habia sucedido semejante cosa.

En todas partes donde él estuviera era el primero, y todos le obedecian.

Acostumbrado á mandar, nunca dobló la cabeza ante nadie, no siendo ante sus superiores, y eso porque no podia menos.

A pesar de que no veia gravedad en el asunto, todo el dia estuvo inquieto.

No hacia más que ir de la inspeccion á su casa, recorrer calles, recorrer plazas, vagar por los alrededores, pero sin un punto determinado de llegada.

No sabia qué hacer; hallábase en uno de esos períodos de la vida en que no nos sentimos dueños de nuestras acciones.

Ni reparaba qué calles eran las que cruzaba, ni por qué sitios iba, ni pensó una sola vez en qué hora era.

No le asaltaba temor alguno con respecto al resultado que habia de dar el desafio del dia siguiente.

Cuando entró en su casa, que seria cerca del anochecer, creyó notar en Estrella alguna turbacion.

No pensó más en ello, y por lo tanto no procuró indagar la causa.

—¡Qué tarde viene Vd.! le dijo su hija.

—¿Con que es tarde? ¿Pues qué hora es?

—Si va á anochecer muy pronto, y no ha venido Vd. á comer esta tarde.

—Efectivamente, contestó el inspector. Estos dias los asuntos del servicio me abruma.

—Eso me parece, padre; le veo á Vd. bastante distraido.

Entonces Roberto se turbó. Preocupado en ocultar aquella agitacion interior que estaba sintiendo, no se paró á pensar, no paró en la turbacion de Estrella, pues efectivamente la jóven se hallaba algo turbada.

Si Roberto no hubiera ido tan distraido, al acercarse á su casa hubiera podido ver á Estrella en una glorieta del jardin conversando con un jóven elegante y apuesto, que estaba sentado dentro del cenador y muy cerca de ella.

Pero Roberto no se apercibió de nada de eso.

Habia, sí, notado que Estrella recibió cierta sorpresa al verle entrar, pero aquello se lo explicaba diciéndose que era natural que se sorprendiese, porque nunca le veia entrar en casa á tal hora. Aquella noche durmió muy mal.

Madrugó mucho, como era consiguiente; la hora fijada para el desafio era la de las cuatro de la mañana, es decir, cuando la aurora comenzaba á clarear en aquel tiempo.

Aun faltaba mucho para que amaneciese cuando el inspector abandonó su lecho.

Entonces fué cuando empezó á preocuparse del resultado del lance.

Hacia una luna clarísima, y Roberto abrió la ventana de su habitacion; la luz del astro de la noche entró á torrentes en la alcoba de Roberto.

Asomóse éste á la ventana, y se le figuró al poco rato de haber estado en ella que en el jardin se oian pasos.

Miró hácia abajo, pero en el jardin no habia un alma.

Solo se distinguian los cuarteles de flores que la luz de la luna besaba dulcemente y los blancos senderos cubiertos de arena que separaban unos cuarteles de otros.

No volvió á preocuparse más de semejante rumor y echó sus cuentas:

—El caso es que yo debo acudir, pensó. ¿Y quién me dice que estoy libre de que la bala de mi contrario acierte con mi cabeza? Yo soy el primero que tirará, puesto que soy el provocado; ¿pero y si mi tiro falla? Eso puede suceder. Por otra parte, ¿debo yo batirme? Esta es una cuestion en la que todavía no he pensado; pero conviene meditar sobre ella. Yo ejerzo un cargo público, y por lo tanto no me pertenezco á mí mismo. Además tengo una hija, y esta hija es jóven y está sola en el mundo. ¡Oh!

Y Roberto al pensar esto se pasó la mano por su frente, como para arrancarse de allí un pensamiento que le martirizaba, y cerró los ojos como para no ver la realidad que delante de ellos tenia. Pero entendámonos, continuó, serenándose un poco; yo soy inspector de la provincia; por lo tanto me debo, no sola á la ley y al Gobierno, sino á los ciudadanos, á la poblacion que confia en mí. ¿Es lícito á quien vela por las buenas costumbres faltar á ellas? Este problema es de difícil solucion. Y por otra parte, si yo no me bato, ese hombre tendrá derecho para llamarme cobarde. Sí, porque hoy me ha ultrajado, y aunque no me hubiera llamado cobarde, yo debo tomar una venganza. El ha sido el que me ha estorbado la realizacion de mis proyectos. ¿Pero y si el herido soy yo? En ese caso, Emilia libre; Estrella sola; la ley infringida; un ejemplo de inmoralidad grande; ese hombre vencedor y burlándose de mí.....

¡Ah! No, no, yo no puedo exponerme á tantas consecuencias. ¡Pero qué necio soy! ¿Para qué soy inspector? ¿Para qué ejerzo este cargo sino para usar de él en todos los ca-

sos que lo considere oportuno? Ese hombre ha infringido la ley, sí, la ha infringido, no cabe duda ninguna, pues que ha faltado al respeto á la autoridad; su delito es de lesa autoridad. Es decir, ese jóven, á quien ha faltado no ha sido á mí solamente; ha sido al representante de la justicia, al inspector, al encargado de la conservacion del orden, al gobierno; su delito está castigado en el Código.

Que dirá que soy un cobarde; ¡bueno! no importa. Lo principal ahora no es sino vengarse; de este modo me vengo bien. Si se quejó de la prision de Emilia, ahora podrá quejarse de la suya. ¡Ya no tienen que envidiarse en nada! ¡Esta es la verdadera venganza! ¡Este es el medio de que yo voy á echar mano para salir de esta situacion crítica! ¡Ah! sí; así no se burlará; así vera cuánto valgo y castigaré su altivez. ¡Exponer mi vida á un azar! Eso es lo que él quisiera; la verdad es que él se expone, pero es diferente. El es jóven, es entusiasta, tiene ilusiones. A esa edad se hace eso y mucho más todavía; pero yo, que veo la realidad del mundo tal cual es; yo, que sé ya por experiencia que el hecho es lo que triunfa, ¿por qué, si puedo convertir en hecho mi venganza completa, he de reparar que el medio de que yo eche mano sea criticado de cobarde, indigno, abusivo? Esas son tonterías. Además le doy el gran chasco. El agurdará contento el instante del desafío, alimentado por la esperanza de que el azar ha de decidir de su triunfo ó del mio; y ¡qué desengaño va á llevar más grande! Yo me sobrepongo á la suerte, me sobrepongo al azar y aseguro mi venganza, puesto que la ley me protege y me da anchas facultades para ello.

Esto reflexionaba, cuando creyó de nuevo oir pasos en el jardin de su casa.

Se fijó en el sitio de donde el rumor brotaba y creyó ver á un hombre que saltó la tapia del jardín con una agilidad verdaderamente increíble.

¿Qué era aquello? ¿Quién atravesaba aquella tapia? ¿A qué iba allí? ¿De dónde venía?

¿Quién era? ¿A qué había ido?

¿Cómo tal atrevimiento?

Inmediatamente aguzó su vista; puso más atención, pero nada percibió.

Daba la casualidad de que el sitio de donde aquella aparición había salido para volver á ocultarse otra vez, era el más espeso.

Detrás de los arbustos que formaban aquella esquina podían ocultarse, no una, sino dos ó tres personas.

¿A qué había ido allí?

¡Oh! esta era la continua pregunta que á sí mismo se hacía el inspector.

Sintió un temor profundo de que cierta fatalidad hubiera sucedido.

Tenia necesidad de saber si aquel temor era fundado ó no.

Era necesario salir de aquella duda, pero sentía miedo al dar un paso en aquel sentido, pues le desesperaba la idea de que su temor se realizara.

La cabeza del inspector ardía.

En esto, el sol empezaba á clarear por el Oriente.

La luz del astro de la noche comenzaba á palidecer, y al mismo tiempo que la luz naciente iba tomando vigor, la otra iba decreciendo.

¡Oh! Tal vez dentro de pocos minutos se encontrara ya Alfonso en el lugar donde se habían citado para el duelo.

Tal vez estaría ya esperándole, ansioso de decidir la suerte, que ya estaba echada.

¿Cómo irse?

Antes de irse era preciso salir de aquella duda.

Roberto permaneció fijo en la ventana, como si le hubieran clavado allí, y no separaba la vista del jardín un solo instante.

Por fin le pareció ver que una figura sigilosa vestida de blanco, como una fantasma, formando el menor rumor posible y procurando no ser vista, se iba deslizando de arbusto en arbusto, de sombra en sombra.

No quería creer lo que sus ojos veían.

Parecíale que todo era mentira, que era una ilusión.

¿Qué figura era aquella?

Sin duda alguna temía ser sorprendida por la mirada del observador.

Sin duda alguna temía también que la luz de la aurora fuese tomando fuerza, y aprovechaba ese crepúsculo que los dos resplandores formaban al entremezclarse.

Dirigíase hácia la casa.

Cuando ya estuvo cerca de ella, corrió rápida y dentro de la casa desapareció,

Entonces una agitación nerviosa, terrible y profunda se apoderó de Roberto.

Abandonó la ventana, se lanzó á la habitación, corrió hácia la puerta de ésta y abrió repentinamente la del cuarto de Estrella. Estrella no estaba allí.

El lecho se hallaba vacío y frío también, como observó.

Entonces un fuego de volcán, y al mismo tiempo una frialdad de muerte, se apoderaron de él.

El vértigo era horrible.

La luz del día iba clareando más y más.

Ya por todas partes se percibía el nuevo resplandor de la luz naciente.

El inspector empezó á gritar:

—¡Estrella! ¡Estrella! ¿Dónde estás?

Estrella apareció de repente ante Roberto con una pequeña regadera en la mano, y contestó así, con voz que en vano se afanaba por disimular que era temblorosa:

—¿Qué me quiere Vd., padre? Estaba regando unas albahacas.

El inspector quedó medio inmóvil; permaneció unos instantes pensativo.

La agitacion de Estrella creció más y más.

Sin embargo, se afanaba por manifestar una calma que estaba muy lejos de sentir,

Después de unos instantes de vacilacion, Roberto dijo:

—Te llamaba porque ya suponía que estabas levantada y quería despedirme de tí. Tengo que irme muy pronto. Hay asuntos tan importantes en la inspeccion, que no me dejan en paz estos días. Con que, adios, tengo alguna prisa, que al amanecer debo hallarme á bastante distancia de aquí.

Roberto salió apresurado.

Estrella empezó á tranquilizarse un poco.

LIBRO TERCERO.

UN MISTERIO.

CAPITULO PRIMERO.

Los que eran tres ya son dos.

En cuanto los tres jóvenes, Heliodoro, Julio y Alfonso, llegaron á Bilbao procuraron confundirse entre las gentes de la poblacion, pues ya hemos visto que habia algo de fuga en aquel viaje emprendido; sin embargo, en honor á la verdad debemos decir que al abandonar Castro-Urdiales creian volver á dicho pueblo á los dos ó tres días de su partida; no obstante, esta idea solo se abrigaba en el pensamiento de Julio y de Alfonso; Heliodoro, que era precisamente el que más habia animado á sus compañeros á tomar aquella resolucion, tenia otros planes.

Es lo cierto que ya habian notado sus dos amigos, sobre todo Julio, que Heliodoro se hallaba desde hacia algun tiempo un poco preocupado; no comprendian cuál pudiera ser la causa de esta preocupacion, pero sí estaban seguros

de que algo grave ocurría en el interior de su compañero.

Pero como á esa edad todas las impresiones se olvidan pronto, no volvieron á acordarse más de semejante cosa, y acabaron de olvidarlo con las distracciones á que se entregaron una vez llegados á la capital de Vizcaya.

En Bilbao, Heliodoro era el que hacia cabeza; cuando llegaba el caso, parecia estar loco, siempre alegre, siempre riéndose, chistoso como nunca, proyectando nuevas diversiones, emprendiendo aventuras; en fin, hizo lo que pudo porque sus compañeros se animasen á permanecer algunos dias más en aquella poblacion y hasta logró impedir que volvieran á Castro-Urdiales.

A menudo solia exclamar así Heliodoro:

—El mejor dia os vais á encontrar sin mí; pues en cuanto haya una aventura que prometa algo, á Madrid derecho me voy, sin volver á Castro para nada.

Después ¡cosa extraña! procuró que tanto Julio como Alfonso tomasen un amor, y él fué la causa de que Julio, su inseparable, se enamorase locamente de una jóven, casi niña, que vivía en Deusto, sin duda alguna un alma inocente; el caso es que el hermano de Carolina se olvidó de todo por aquella repentina pasion.

Primero lo tomó como juego, pero después el juego iba convirtiéndose en fuego.

También tuvo Heliodoro buen cuidado de suspender sus sátiras para con Alfonso con motivo de la sensibilidad de corazón que á este le caracterizaba; ya no se rió más del interés que Alfonso llegó á tomarse por la jóven Emilia.

Como se supondrá, Alfonso habia contado á sus compañeros de viaje todo cuanto con la jóven habia ocurrido; sin él

mismo quererlo iba amando á aquella mujer, ó por lo menos, absorbido en ella su pensamiento, no fijó su atención en la variacion que se efectuaba en Heliodoro.

Después que Heliodoro vió á Julio y á Alfonso completamente decididos á permanecer en Bilbao todo el tiempo que fuese posible, volvió á decir otra vez con más ahinco:

—Cumplamos con lo ofrecido en nuestra comida de Somorrostro; en llegando el caso, ya no hay amistad, ni hay afecciones, ni hay lazos del corazón, ni freno alguno que nos detenga en la realizacion de nuestros deseos; cada uno á su negocio; tú, Julio, á tu muchacha de Deusto, que es bella como una rosa; tú Alfonso, ya que te empeñas en representar siempre el papel de víctima, continúa interesándote por esa jóven desdichada, como dices; yo me las arreglaré por otro lado; descuidad, que no me perderé; sabeis que he aprovechado el tiempo, que sé algo más de lo que me enseñaron en la escuela, que no tengo nada de bobalicon, que no me dejo engañar tan pronto; en fin, por mí no hay que apurarse. Ciertamente es que el amor es una tontería, eso por de contado; un enamorado no es más que un tonto de capirote; siempre he sido de la misma opinion; ya conoceis vosotros mis teorías; pero ¡qué diablos! saquemos de la vida todo lo que se pueda, echemos mano del amor siempre que este conduzca de algun modo á satisfacer nuestro gozo; en cuanto os incomode, echadle fuera; cuando os halague, abrigadle en vuestro corazón, si es que en el corazón se abrigan esas cosas, que yo no lo sé todavía; con que así, lo dicho, dicho; cada uno á su negocio; no os cuideis de mí, os lo repito.

Por supuesto que os compadezco, porque veo que vais faltando un poco al programa; pero ¡diantre! haceis bien,

para eso se hacen los programas, para saltar por ellos. ¡Mueran los programas! No conviene atarse, ni aun á los caprichos; con que así, me alegro que salteis por todo lo acordado; por supuesto que esto es una falta de disciplina, pero no importa; por ahora pase. Unos cuantos dias teneis; cada cual talle por su cuenta, entre y salga cuando le dé la gana sin decir nada al compañero; yo por mí así lo haré, os lo prometo; en llegando á Madrid haré vida nueva. ¡Fuera el corazon! ¡fuera el alma! ¡fuera lujos inútiles y ridículos! En fin, este será el epílogo de la novela de vuestras ilusiones; sea el *finit coronat opus*; con que así, no digo más; que nos esperen nuestras ninfas de Castro-Urdiales; pueden esperarnos sentadas, que si no se cansarán; era de opinion que en doce meses que restan hasta el próximo verano, ninguno de nosotros pisase aquellos arenales.

Por supuesto que estos sitios inficionan; yo no sé qué tienen; pero, francamente, casi casi mudo de máxima; estuve en un camino resbaladizo... ¡pero, calla, lengua, no desbarres!

En fin, Madrid será nuestro punto de reunion; sentados alrededor de una mesa del café del Iris aclararemos ciertas cuestiones oscuras; nada de preocupacion; seguid amando, borregos, pero estad listos para sacudir el polvo en cuanto suene el grito de *¡sálvese el que pueda!*

Os vuelvo á repetir que no os preocupeis por mí. La ciencia de la vida se reduce únicamente á saber sacudirse las moscas cuando llega el caso.

Al dia siguiente de haber mediado esta conversacion, Julio y Alfonso se encontraban en la fonda donde los tres camaradas se habian alojado. Era ya hora bastante avanzada, la una de la noche, y Heliodoro no parecia.

Alfonso pensó un poco en él y se extrañó de aquella desaparicion.

Julio apenas echó de ver la falta de su compañero, y ni siquiera sobre su tardanza pronunció una sola palabra.

Entre los dos amigos medió este diálogo:

—¡Hola! ¡hola! Por lo que veo, Heliodoro no piensa en venir ya esta noche, dijo Alfonso.

—Así parece, contestó Julio sin dar importancia al asunto.

—¡Si vieras, Alfonso, estoy perdidamente enamorado!

—¡Enamorado! ¡Já! ¡já! ¡já! Nunca lo hubiera creído.

—Pues te lo digo de veras.

—¿De veras? Vamos, quieres darme una broma, ¿no es verdad?

—No, Alfonso. Es una jóven encantadora; si vieras, es un lucero, es la pureza misma, es la inocencia personificada.

—¡Já! ¡já! ¡já! Cualquiera diria que hablabas en serio.

—No te rias, porque me ofendes.

—¿Hay algo de divino, milagroso, que encontrar aquí? Divino no hay nada en este mundo. Cuánto me alegraria que estuviera aquí Heliodoro para que te diera un revolcon. Pero si quieres que te diga la verdad, yo tambien empiezo á sentir algo.

—¿Algo de qué? replicó Julio sorprendido.

—Algo de amor.

—¿Algo de amor! ¿Y quién es la desventurada?

—Una desventurada, ahora has dicho la verdad; la mayor de toda tu vida.

—Pero, vamos á ver, ¿quién es? Sepámoslo.

—¿No te acuerdas de aquella jóven que encontramos en la

fuelle de las Acacias, cerca de Somorrostro, y á quien dejamos en casa del alcalde?

—Sí, por cierto; dos ó tres veces me has hablado de ella y de ese señor inspector que tanto que hacer te da, y que tan apesadumbrado y tan meditabundo te trae. Pero, dime, ¿esa mujer tiene un niño?

—Ya lo he visto; supongo que ese que lleva será suyo.

—Y por lo tanto...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué te admira?

—Que tengas semejantes tragaderas. Con que despues de verla así, con un niño en brazos, y en la cárcel, y en ese estado, ¿todavía te atreves á decirme que la amas un poco?

—Por eso mismo, Julio, me interesan sus desgracias.

—Hermosa es la jóven, no cabe duda, aunque un poco demacrada, tal vez á causa de sus sufrimientos; pero, francamente, no te envidio el gusto.

—¡Oh! Yo puedo servir á esa mujer de mucho, y luego tiene un alma de ángel. ¡Si la oyeras hablar! Qué pureza revelan aquellas dulces pupilas, aquellas tiernas palabras, aquella angelical expresion; te digo que me ha conmovido.

—¡Vaya, vaya! ¡Siempre poetizando! Hazte el poeta en este mundo y verás lo que te pasa; primero ser víctima, y por complemento ser ridículo.

—Pues qué, ¿tú mismo no me acabas de decir que estás amando?

—Sí, estoy amando, pero es diferente; ¡si vieras la niña á quien yo amo! Es una rosa de Abril; ¡vamos! ¡si no puede compararse con ninguna de las que hemos visto hasta ahora!

—De modo que á tí la hermosura es solo lo que te atrae.

—Pues claro, hombre; ¿qué otra cosa me ha de atraer?

—Eso no es estar enamorado.

—No á tu manera, eso no, pero sí á la mia; ¡Dios me libre de tomar las cosas con el calor que tú las tomas!

—Pues, amigo, yo soy así; ¿qué le vamos á hacer? Reios de mí; ¡si soy un tonto! Bastante desgracia es la mia; pero se me figura que yo seria más dichoso en servir de amparo á esa mujer que tú en lograr ese deseo, cuya realizacion anhelas.

—¡Ah! A propósito; siento que no venga esta noche Heliodoro, repuso Alfonso.

—¿Y por qué lo sientes? No te preocupa poco su tardanza; que haga lo que quiera. Sabe Dios dónde estará. En Madrid, en Pekin, en el infierno, á nosotros, ¿que nos importa? Cada vez me convenzo más de las teorías de nuestro amigo; ¡á gozar todo aquello que nos halague! y lo demás es tontería; no hay que perder tiempo inútilmente. Vamos á ver, ¿por qué sientes que Heliodoro no esté aquí?

—Porque podia servirme de padrino.

—¿De padrino? ¿Qué, ya piensas en casarte, hijo mio? ¡Pues no te ha dado poco fuerte!

—No de padrino de boda; no voy por ese camino; de padrino en un duelo.

—¿Con que vas á batirte? ¿Estás loco?

—Es un lance de honor; es ya una obligacion que he contraido; el desafio está hecho; antes que amanezca el dia de mañana debemos batirnos mi rival y yo.

—¿Y quién es tu rival? Hombre, sepámoslo; ¿es con motivo de esa mujer? ¡Qué risa!

—Mi rival es el inspector jefe de policía de Bilbao.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Hasta con la policía te metes, hombre!

—Ha sido un lance inevitable.

—Bueno, bueno, ya me lo contarás todo; yo iré de padrino tuyo; y además, si ese Heliodoro no parece, me comprometo á buscar á otro amigo que nos acompañe y que sirva para el caso.

—¡Ah! Antes de retirarnos, tú que has hablado ya con algunos de Castro, ¿qué te han dicho sobre la impresion que ha producido nuestra partida entre aquellas buenas gentes?

—Lo que yo esperaba; lo han tomado á risa; las *pollas* han rabiado; pero la verdad es que todos la miran como una calaverada de buen género y esperan nuestro regreso las susodichas señoritas para desquitarse con otra broma de la que nosotros les hemos dado.

CAPITULO II.

¿Qué buscaba aquella vela blanca?

Mientras tenian lugar los últimos sucesos que hemos narrado en el libro segundo, otros se verificaban no ménos misteriosos en distinto sitio de la misma poblacion de Bilbao, en la parte de Albia, es decir, en la orilla opuesta á la que ocupa junto á la ría la antigua poblacion.

Solian estar atracados varios botecillos y pequeñas lanchas, dispuestos á alquilarse al primero que se acercase con semejante fin.

Aun hoy pueden verse en el mismo lugar amarrados al citado muelle.

Dos ó tres marineros paseaban de un lado á otro por la orilla, ó bien estaban tendidos cada uno en su pequeña embarcacion y tenian cuidado de las demás, con objeto de avisar en caso necesario á sus compañeros para que acudieran á tripularlas.

Solian estar hasta que la noche cerraba; una vez que era ya noche oscura, difícil seria buscar al patron de uno de aquellos bateles para alquilar su embarcacion, pues no se le encontraria por aquellos contornos; quedaba aquel muelle desierto.